

# Investigaciones &#8217;Rodolfo Walsh&#8217;

-- Ideas - Libros --

Libros



**Un kilo de oro**

Rodolfo Walsh  
Lunes 24 de julio de 2006

"Los oficios terrestres" es un cuento nuevo aunque lleva el título de mi libro anterior. Continúa a "Irlandeses detrás de un gato" y precede a otras historias. "Cartas" está emparentado con "Fotos" a través de algunos de sus personajes. He usado cierto material documental, que debo a la generosidad de Jorge Saru-diansky.

RJW

### Cartas

Cuando su papá vendió el fuerte, compró el forá, Estela se hizo pis en la cama. Su madre la dejó sin postre y estuvo fruncida todo el día. Estela andaba por los rincones dibujando con el dedo en las paredes y de tanto en tanto la miraba pero ella seguía fruncida y la tarde se alargó sin que su papá viniera a sacarla de su amargura. Detrás del vidrio y la cortina de cretona las nubes se volvieron doradas, rosadas. Salió a la galería. Ya anochecido apareció el capataz por la avenida de aromos y después, al tranco, los peones que largaron los caballos, encendieron un candil en el fondo del galpón y sacaron baldes a la bomba.

Al fin lo vio venir, desensillar junto a la segunda casuarina, una sombra más oscura dentro de la sombra. Caspio resoplaba bajo el chorro de la manguera y la voz del hombre: Tungo. Quieto, mierda.

Estela aguardaba con un llanto congelado listo para disolverse, pero él no la alzó en brazos como otras veces. Le acarició la cabeza al pasar, Hola, pichona, y entró rápido en la sala donde su madre cerró la novela, puso la mejilla y

- ▶ Supongo que ya te habrá contado, pero Jacinto Tolosa no quería que le contaran nada y Estela se escurrió tras él resbalando contra los muebles, los ojos desafiantes clavados en su madre hasta que una corta carrera la puso fuera de su alcance en el escritorio donde estaban las cosas: el recado de plata y las muestras de cereales, el Winchester, el plano del campo y fotos amarillas de viejos toros con grandes sexos en el blanco cegador de las paredes. El capataz esperaba en la puerta visteando la luz, y Tolosa que llamara a Cipriano porque le iba a dar las cuentas. Y el hombre alto y oscuro:
  - ▶ Bueno patrón, y por qué. Para que aprendiera a ser chambón y lujoso, quebrarle dos terneros en una semana, y que no le saliera con que ese caballo era duro de boca. Firma el recibo.
  - ▶ Por mí, no hay necesidad.
- Pone una cruz, entonces, y Cipriano se agachó, firmó con una cruz y guardó los cuarenta pesos en el tirador.
- ▶ Mamá es mala -dijo Estela.

El la aupó en las rodillas y le dijo todas las cosas que Estela quería oír. El domingo saldrían a dar la primera vuelta en el auto nuevo y nadie era tan bueno como su papá aunque hubiera echado a Cipriano que una vez la llevó a pasear en la rastra por el alfalar. Pero es que a uno nadie le regaló nada, padre. Yo no compré el campo a mil pesos la legua ni le cambié a los indios una tropa de caballos blancos por medio partido de Maipú. Esos eran tiempos, puro ordago. He tardado mucho en comprender que el autor de mis días, que en paz descansa, era un tarambana. El 89 fue para él el año de la desgracia: nació yo y vino la Crisis. Lo agarró con unos papeles en la mano, que no eran muchos, pero se quedó espantado, con una blancura de temor en los ojos, y siempre supo decir que -allí estuvo a punto de perder toda su fortuna, que al fin apenas alcanzó para darnos una educación a don Juan y a mí, y casar a las chicas. Todavía en el año dos pudo comprar cualquier cantidad de campo en Tornquist a treinta pesos la hectárea. Pero no, eso era inmoral, la Especulación era el diablo mismo que se había metido en los huesos de la gente. Vivía pronosticando una nueva Crisis, al fin la ansiaba más que nada en el mundo, y como la Crisis no vino, llegó amargado al fin de sus días. ¿Sabe lo último que dijo? "Ya van a ver."

El cura Trelles tomó delicadamente el naípe con el pulgar y el dedo medio y lo hizo subir y bajar en una cascada de monos motociclistas.

- ▶ Era un hombre sin fe.

Tolosa volvió a reír y se guiñó mentalmente un ojo, mirando la mandíbula de hierro, el pelo ceniciento cortado al rape, la formidable vida concentrada en los ojos y en las manos. ¿Cómo se hace para reunir ese poder? La fe, sin duda. Si las malas lenguas no mentían, el cura Trelles era el autor del más encarnizado acto de fe en la historia de la Iglesia.

Usted no comprende, padre. Cuando llegué aquí, no había ni alambrados. Tuve que pelear una barbaridad para que me reconocieran títulos, mojonos. Primera y única vez que me sirvió la profesión.

- ▶ La verdad, doctor -interpretó el gerente del Banco-, uno no entiende por qué uno se mete en un rincón como éste. Tal vez usted no entienda, Bianucci, porque se mueve con papeles, ficciones al fin. Y además usted no se mete, lo mandan. Pero uno lleva la tierra adentro de la sangre.
- ▶ Eso es cierto -dijo pensativo el mayor, que tomaba su vermú a tragos muy pequeños y picaba de un platito: a cada berberecho una frase corta y hondamente meditada.
- ▶ El país -un berberecho-, el país sólo empieza a comprenderse -otro berberecho- en el campo.

Respiró hondo.

El cura comenzaba a sentir el Síntoma vespertino y paseaba la vista con creciente nostalgia sobre la plaza, que se abarcaba entera desde el segundo piso del Fénix. A las ocho quedaba todavía un poco de luz en el cielo, y contra esa luz se recortaban negros y acuchillados los andamios que encerraban como un bicho canasto la forma amada del templo en construcción sobre el espectro de la vieja iglesia que un incendio inexplicado consumió hasta los cimientos.

- ▶ También el futuro tiene sus ruinas -dijo suspirando y levantándose-. ¿Cuánto perdí?
- ▶ Dos cajas -le informó el gerente.
- ▶ Anótemelas.

En la plaza el cura Trelles se cruzó con Bibiano que era mudo y medio tócame un gato y como siempre empezó a bailar frente a él y a señalarlo con el dedo.

- ▶ Vade retro -decía el cura entrando y saliendo de los conos de luz de los faroles. Las baldosas estaban llenas de cascarudos idiotizados, bichos que crecían prematuramente, tal vez en un día. Hacían crach bajo los zapatos. Crach, como el bromista invisible que pedorreaba a su paso desde los balcones del Cívico. "Nido de masones", tocando el cabo del revólver que famosamente llevaba bajo el cinto.
- ▶ Y contra eso no hay vuelta, mayor. Si uno se para a esperar la crisis, no hace más que provocarla. Lo que hace falta son decisiones.

El mayor andaba por las aceitunas.

- ▶ Yo creo -un pinchazo- que tal como van las cosas -otro pinchazo- tiene que venir algún cambio.

Una vez por semana, después de la partida de poker en el pueblo, el doctor Tolosa experimentaba la punzante sensación de que había hablado demasiado o tal vez con gente que no estaba a su altura. Sólo en el párroco presentía un igual, pero había demasiadas cosas de por medio. Todo eso le hacía más liviano el regreso por el camino de tierra casi a ochenta en el forá:

Que aquella tarde tocó bocina en la entrada de la calle mientras un peón corría a abrir la tranquera por donde pasó en un remolino de polvo hasta pararse frente a la casa soltando chorros de vapor.

- ▶ ¡Cayó el peludo! -gritaba su papá besándolas y abrazándolas, alzando a Estela más alto que riunca como si quisiera hacerle ver el mundo a la altura de su cara de bronce ablandada en sonrisa y los ojos de piedra oscura donde a ella le gustaba meterse.

¿Lo iban a comer con perejil y pimentón como los peones? El se rió tanto pero al dejarla en el suelo le dio un billete de cinco pesos que su madre rescató en el acto:

- ▶ Para la alcancía.

Esa noche llegaron todos los autos y Estela oyó desde su cuarto la marejada de voces que parecían pedir algo y luego la voz solitaria de su papá diciendo que no: las palabras sueltas caían como piedras en un pozo, ambiciones, patria, el chaparrón de aplausos tapado por la sábana, el perfume a lavanda, las manos de su madre. Que había empezado a engordar y levantarse tarde. Andaba por la casa enfundada en grandes batones floreados y siempre parecía estar pensando en otra cosa, con una gran mirada absorta y puesta más allá de las paredes. Ya no fumaba ni siquiera a escondidas de papá. Estela, asombrada, la oía cantar:

Al pie de un rosal florido-Me hicistes un juramento. . .

El doctor Gerardo Nieves llegaba a visitarla casi todas las semanas. Se encerraban en el dormitorio y después se quedaban sentados en los sillones de la galería, bajo las glicinas perfumadas, hablando hasta el atardecer de personas que ella no conocía: una señorita Aire y una señora Cati. Le pareció a Estela que entonces se ponían tristes y meditó contarle todo a su papá que siempre estaba a caballo en el campo y volvía de noche cubierto de tierra. Pero lo único que hizo fue preguntarle si su madre estaba enferma.

Tolosa la escrutó, serio y pensativo.

► El mes que viene va a estar bien -dijo.

Un día de verano Estela hizo las cosas prohibidas: descalza a la mañana en el rocío del pasto, el rayo del sol y las ciruelas calientes a la siesta, la muñeca extraviada, la fiebre por la noche soñando que su madre se moría, se moría y se moría.

Pero no, si de ésta no te vas a morir, Felisa, aunque sería mejor en el futuro dejar las cosas como están, la pareja, el casalito, el deber cumplido sin alterar los índices demográficos, porque como dice tu marido diez millones de argentinos sobran para treinta millones de vacas, ¿y por qué no está aquí? Pero ella prefería que no estuviera, sufre mucho, ¿sufre?, y había una reunión decisiva en el comité. Gracias Gerardo, tomándole la mano. ¿Caliente más agua, doctor? No, Herminia, ya está todo en orden, y ahora Felisa te conviene dormir, y ella iba cerrando los ojos casi sin querer con un amago de lejana complacencia debajo de la piel de la cara todavía amoratada sin oír ya el ruido del auto que venía más despacio que de costumbre, tanteando la madrugada, porque era cierto: Jacinto Tolosa se desangraba frente a las cosas que no podía manejar personalmente.

¿Y qué decía el árbol, pichona? Secreto, el árbol aciago oscuro como un brujo, cada hoja recortada en azul hortensia que iba a ser blanco, devenir ceniza, pero él quieto y mudo como si no hubiera el sol que otras veces lo encendía en un millón de lucecitas, uuush, antes que sintieras llegar el viento, pero ese día no, Vení a conocer a tu hermanito, no, aquella cara con los pelos pegados de sudor, no, ratita, no, hasta que al fin accedió, simuló. Todo lo iba a olvidar menos el árbol - ¿olmo, álamo plateado?- que el 7 de enero de 1931 estuvo negro de corazón acompañándola en el sentimiento, porque era suyo aunque estuviera en la loma de Moussompes: que andaba por allí y algo le habrá visto de triste inconsolado Domingo Moussompes para bajar de la trilladora con las manos cruzadas plenas de trigo que puso en la falda de Estela y Estela mordisqueó como si fuera su vida. Y Lidia Moussompes también vino y se quedaron sin hablar sentaditas en el pasto junto al alambrado, adonde una vez por año pero nunca en la opulencia del verano Jacinto Tolosa se llegaba para decir:

► ¿Y? para escuchar:

► Todavía no, doctor

Para quedarse mirando el campo que Domingo Moussompes se llevaba entre barba de choclo y sombrero de paja en la dura cabeza:

Setenta y dos ectareas el halambrado es bueno siete ilos por los dos costados los palos á quince

metros y una cabecera: las casas son dos piasas y cocina paredes nuevas no se desacen ni con la hacha la tierra es buena produce lo que siembra.

Calentura, llegó a tener Tolosa con esa loma. Ninguna mujer lo calentó tanto; ni Felisa, Gerardo. Aunque yo doy fe que este hombre tan calumniado a quien mucho deben el partido y la provincia, nunca tuvo ojos, pensa-1 mientos para otra mujer fuera de la propia, y que fue, a su manera, un verdadero cristiano, aunque no se confesara conmigo.

Es que sinceramente padre, yo creí que íbamos a otra cosa, que esa gente no volvería. Pero ahí lo tiene al peludaje listo para prenderse de nuevo al queso, y acá mismo vamos a perder, ¿por cuánto Argañaraz?

► Doscientos votos -dijo el comisario mascando su asma y su toscano, pero llegaron a trescientos. Y menos mal que se rectificó el rumbo, se anularon las elecciones, se puso una valla a la corrupción y la demagogia, y ahora ganamos por cuánto, Argañaraz?

► Por cuatrocientos.

Milagro, certificó el cura. Fraude, calumnió La Tribuna doce horas antes del empastelamiento. El comisario investigó: forasteros. Ortega, que fue a reclamar, se cagaba en él.

► No sea mal educado -reprendió Argañaraz-. Qué lenguaje para un periodista, un hombre culto.

Unas balas perdidas entraron por la ventana del Cívico una noche en que no había ningún festejo y en que no estaban adentro más que Ortega, el doctor Nieves y don Alberto Irigorri, dueño de El Progreso. La actividad social disminuyó sensiblemente a raíz de ese desgraciado episodio.

► Nos llevan por delante, Ortega -admitió Gerardo Nieves-. ¿Qué escribe?

"Desensillar hasta que aclare". Era el título del editorial con que La Tribuna se reintegraba a la liza, sin perder un ápice de su espíritu de lucha, después de los penosos acontecimientos que son del dominio público:

► Obra de irresponsables -sentenció Tolosa. Don Alberto no dijo nada. Durante semanas le zumbaron los oídos y anduvo haciendo gestos como de sacudirse los caireles de la araña. A él le interesaba el mus y no la política. Había dejado de ir al Cívico cuando Irigoyen le infirió esa ofensa personal de poner el Banco Nación frente al almacén y los paisanos retiraron la platita. Volvió de puro aburrimiento al morir su mujer en manos de la partera. De todos modos, Uriburu también lo había traicionado: el Banco prosperaba y a menudo veía a Bianucci parado ostentadamente "como un tendero" en la puerta por donde entraba y salía gente de bota o alpargata, rastra o faja.

► Ignorantes -murmuraba.

Tolosa se reía.

► Pero hacen bien, mi amigo. El país cambia. No van a guardar la plata en el colchón.

Durante treinta años la habían guardado en el almacén y a nadie le faltó un centavo. Ahora la confianza se venía abajo, los papeles reemplazaban a las palabras. Puso un letrero: "No se fía a clientes de otras Casas". Bianucci bajo cuerda le hacía saber los saldos de los depositos: un millón doscientos mil pesos en abril del 32.

La cifra naufragaba en el inmenso tinglado al que Estela siempre entraba boquiabierta, apretando fuerte la mano de su papá, bajo los sucesivos pisos de claridad, penumbra, noche donde flotaban recados, ollas, un bote y altísima una cama.

Tolosa tomaba una sangría alargando sus necesidades al azar de la conversación. Un tambor de fuloil, uno de nafta. Así que su chico ya camina. El antisárnico salió medio flojón.

► Quita la lana sin dañar la sarna -bromeaba don Alberto. Déme Cooper esta vez. El mío empieza a gatear. Diez rollos de San Martín.

¿Está por alambrarlo a Moussompes? De eso ni me hable. Una bolsa de sal, dos de galleta. El lápiz iba y venía, sumando.

► Me parece que falta algo, doctor.

► Una granadina -dijo Tolosa simulando no ver el hoyuelo que se formaba puntualmente en la mejilla de Estela.

Después apareció un billete: -Para los vicios.

Estela lo guardó jurando por tres cruces no decir una palabra.

Cinco pesos poca plata, el ritmo incansable subía por el piso a los pies, al corazón, a cada sonora madera o vidrio crispado. Su madre cambiaba al pequeño Jacinto sobre la frazada gris y negra con rayas blancas y rojas, pero Estela trepó a la cama de arriba, apagó, prendió, apagó la luz amarilla en su burbuja esmerilada. El campo retinto entró en el camarote, en su cabeza. Mecida hasta encontrar algo extraviado: Cipriano la llevaba en la rastra sobre la alfalfa, su papá la hamacaba en las rodillas, dormía suspendida en la cama de don Alberto. Una voz clamándola se resolvió en fognazos de bruma: ahí abajo estaba el campo madrugado detrás de los chorritos en el vidrio. Los hilos del telégrafo subían, bajaban. Adiós, vaca. Adiós, tranquera. Tordo. Su madre se lavaba los dientes repitiendo su nombre en un buche y la nena bajó de espaldas, piernas flacas, culito empinado bajo el camisón. El espejo le sacó la lengua sobre el lavatorio raro que después se guardaba. Canilla, bronce, temblor, su cuerpo se estremecía de susto en el cruce de vagón a comedor sobre el aire rápido sableado de pastos. Mamá verde, Jacinto un solo puchero, el mundo brillaba en la cafetera y el mantel, en las vías del costado que el tren de golpe se tragaba y devolvía, y lejos irrumpían de la niebla puentes, señales, chimeneas, el trueno sólido de la estación, y millones de personas.

► Me importa nada -dijo Lidia-. Mi papá me va a llevar más lejos -mientras Estela le mostraba en el secreto de la siesta los zapatos de Les Bebés, el vestido de Harrod s, la foto coloreada y una deslumbrante memoria de ascensores, letreros luminosos y tranvías que a Domingo Moussompes le costó conjurar. Claro que la llevaría más lejos, a Santa Fe, donde estaban los campos más grandes, las fortunas mayores. El conocía todo eso en cien leguas a la redonda:

- ▶ Y a lo mejor devi quedarme cuando fuy con tropa de Estrugamou que tenia una invernada alia y me quisieron yevar de capotas de estancia y capotas de tropa, y no fuy por mi hermano Felipe B. Moussompes que yo lo respec-tava como si fuera mi padre porque el fue quien los ha criado.

Pero, ¿había ascensores? Moussompes se rascó la nuca. Y, tendría que haber. Eso había progresado mucho desde que él estuvo en 1911. Seguro que ya tenían ascensor en alguna de las estancias más grandes, ¿no, Benedita? Benedita sentada junto al fuego espumaba la olla con una mano y con la otra sujetaba al bebé prendido de la teta.

- ▶ Ha de haber.

Lidia debió conformarse. Los hermanos le peleaban al padre, que estaba cansado y quería comer y acostarse en la otra pieza donde después empezarían esos ruidos: su padre que resoplaba y su mamá que gemía, o quizá fuera al revés. Domingo Moussompes se había casado tarde y andaba por los cuarenta y cinco pero tiraba fuerte y en la cama estaba hecho un pibe. Benedita era más ligadora que yegua cuesta abajo. Lidia no entendía estas cosas que debían ser divertidas porque su padre se moría de risa; y un poco sucias porque Benedita: que se callara, que están los chicos. Entonces era peor. El se ponía a cantar: Abrrtte que viene mayo, Dijo una corralera. . . Benedita iba a dejar el bebé en el dormitorio y tardaba en volver, para no oírlo:

Gmbreale que está de un aspa, Y abrrtte el caballo afuera. Las canciones eran muchas, pero a todas les cuadraba el mismo final, alargado, sentencioso y triunfante:

- ▶ ¡ Y no lídejés nada afuera, ¡Por lo que putas pudieera!

Moussompes, alzado el vaso de vino:

- ▶ Aplaudan, chicos

Los chicos aplaudan con fervor y él iba a mitigar a Benedita que le daba la espalda y se quitaba sus manos de encima, Fuera zafado, hasta que le agarraban las cosquillas: Que se vuelca la sopa. Había llegado el momento de comer, de acostarse, de oír ese ¡ah!, ¡ah!, que todas las noches hacia su mamá, de dormir soñando en un tranvía que iba por el campo y era igual al auto del papá de Estela, pero muy largo y con muchas ventanitas. ¿Quién hizo el primer agujero, en la cortina del for? La mica se quebraba entre los dedos: chac, chac. La mica era amarilla y cuando uno la doblaba se rompía de golpe: chic. Estela fui.

No importaba, Una mañana trajeron el chévrole cerrado y don Alberto se llevó el for, aunque no lo necesitaba en absoluto (dijo) y era nada más que para pasear al chico. Mauricio no había conocido madre, andaba ya por los cuatro años y siempre estuvo en manos de sirvientas. Don Alberto no sabía cómo apaciguar el remordimiento paterno. Consultaba cada detalle con la Muerta que se le aparecía ensueños, pero todo seguía insatisfactorio. La niñera de tumo, por ejemplo, era limpia y alegre, pero a veces si olvidaba de dar de comer a Mauricio. ¿Qué hacer? La Huerta fue perentoria: que se acostara con ella. Don Alberto obedeció, dócil y aterrado. Las cosas mejoraron sin cambiar en apariencia. El patrón y la mucama se trataron siempre de usted.



- ▶ Perdóneme padre porque he pecado.
- ▶ ¿Y qué has hecho, a ver? -dijo el cura Trelles, alzándola en las rodillas.

Estela, criminal, anonadada, se hundió en memorias turbias de su vida: juguetes rotos de su hermano, encantamientos verbales anti-madre, hasta llegar a esa piedrita blanca palpitando, respirante sobre el cráneo de Jacinto. Pudo ser una desgracia, admitió el confesor, y ¿desde cuándo las nenas jugaban a la payana?, pero entonces Estela lloró, la piedra subía y bajaba sobre el círculo de piel indefensa, y Jacinto se iba a morir aunque siguiera tan tranquilo sentado en la cuna mientras el cura, última ratio, sacaba un caramelo de las profundidades negras y se lo cambiaba por aquella piedra.

- ▶ No tenías uso de razón -resumió-. Dos avemarias, una salve. ¿Sabes rezarla?
- ▶ Zí -lloriqueó Estela.
- ▶ Ahora tienes uso de razón. Anda -una palmadita en la" nuca, otra en las nalgas y ella se fue apretando el caramelo con el Alma recién lavada y blanca, Zalve, esa lúcida telita.

Así eran de buenas las cosas: no había hecho nada especial por adquirir el Uso de Razón, vino simplemente, después del último portillo por donde el humor de su papá desfiló ganaderías; después que su nariz tomó esa pequeña curva final, y la hermana Genoveva, alzándole el mentón: Qué bonitos ojos. Con la misma facilidad, felicidad, recibió a Jesús.

- ▶ Yo casi me desmayo -dijo Lidia Moussompes devorando pálida la torta después del chocolate, y Estela entendió perfectamente. Inseparables, las unían mongol-fieres y aeroplanos sobre mares azules de lámina: istmos, penínsulas, golfos, montañas, llanuras, aroma de pizarri-tas, soplos últimos, lecciones de cosas:

1.Las alondras se cazan con espejuelos. (ESTELA: Papá, ¿qué son espejuelos? LIDIA: Papá, ¿qué son alondras?)

2.El agua con sal es lo mismo que la sangre y las personas heridas que toman agua con sal en el campo de batalla suelen aliviarse.

3. Lo peor es morir sin arrepentimiento de los pecados, pero si uno reza a la Virgen con anticipación, ella interviene: caso del suicida que se tiró del puente, rezó un acto de contrición en el camino, fue al Cielo. Había muchos probados, como ése.

Alta, Estela Tolosa, huesuda y burlona. Lidia Mous-sompes redonda, colorada, creciendo en pecas y largos ojos verdes. En mayo vinieron y fueron todos con flores a Porfía que madre nuestra es. En junio vino y se fue el zepelín. Octubre: Dios de los corazones.

Pero no te juntes tanto con ella, no sea que te cobren la amistad. Del esquinero para aquí, todo lo que quieran: a la estancia no vayas porque después les andan faltando cosas, y al primero que venga a preguntar lo saco con la escopeta. No, mi mascota, si papá no está enojado, un poco de ravia no más, ra-via dijo Moussompes, que a algunos les vaya tan bien, y él sin saber para qué lado

caer, porque si sembraba trigo el precio se venía abajo, y si compraba en la feria no llegaba nunca el día de mandar a plaza donde de todas maneras los estaban esperando los buitres de Liniers.

Pero, ¿se quejaban antes? No. ¿Ahorrraron? Cualquier día. ¿Hicieron mejoras? Ni un poste. ¿Le echaban la culpa a los verdaderos responsables? Tampoco. La culpa la tienen los que vinieron a poner un poco de orden, a sacar el país de la bancarrota, y seguirán recibiendo agravios cuando haya en cada plaza pública un monumento a cada demagogo.

- ▶ Igual da pena -dijo el martillero.

Claro que daba pena, Despervásquez, toda esa ruina venida de golpe en los ranchos, miseria de haciendas al suelo, tucuras intereses y mermas y fletes y bungenes y bornes. Y usted dijo, en el bar de Roma, lo que no era más que un deseo, una vaga idea de cosas legales y justas.

- ▶ Estamos todos en el mismo brete, doctor -y Tolosa medio se le retobó.

Todos no. Usted que respira por la herida. Ellos que quieren encajóle al frigorífico los guampudos que trajo Juan de Garay como si los ingleses fueran sonsos, ¿en, Lynch? Sí, ya sé que usted no es inglés, no necesita repetírmelo en cada oportunidad.

El sombrero de paja en la mano de Lynch jugaba con una mosca solitaria empeñada en posarse en su cara enorme, redonda y colorada. Bebía complacido un White Horse, y estaba al margen de pequeñas disputas, enfrascado en las guías de embarque.

- ▶ Alguien lo oyó quejarse a Tolosa? El perdía más que ninguno, pero confiaba en las reservas morales de la nación. Cuando pasara esta tormenta iban a desaparecer los improvisados, los arribistas, los aventureros, y quedarían los que siempre debieron ser, los que tienen raíz de pasado y visión de futuro.

Entró el capataz, guiñando en la penumbra del bar, la cara terrosa y el rebenque colgado de la muñeca.

- ▶ Embarcados, don Jacinto.
- ▶ Vamos -dijo Tolosa y Lynch se paró con él-. ¿Se queda, Despervásquez?

El comprador del frigorífico palmeó distraídamente al martillero y se puso el panamá al salir. Detrás de la plaza en el fondo de la calle una polvareda amarilla iba rumbo a la estación: tropa 132, 240 novillos, 529 kilos en pie por cabeza, procedencia "La Felisa". ¿Qué tenía Herminia debajo del vestido? Cuando salía de su pieza y cruzaba el patio en dirección a la cocina, Jacinto se acostaba sobre las baldosas para ver, o la acechaba y se zambullía de golpe sin conseguir nunca una vislumbre del misterio. Señora, mire al nene. Pero Felisa no miraba. Por esa época empezó a tener palpitaciones, mareos, algún desmayo que Gerardo no pudo diagnosticar. Sufría quizá de neurastenia, de una tristeza que se agravaba por las tardes cuando se quedaba sentada hasta el último bermellón del crepúsculo; oyendo crecer el silencio.

- ▶ Tendrías que ir a Buenos Aires, ver un médico en serio -comentó Tolosa.

- ▶ Ir y quedarte, Felisa -replicaba Gerardo-. Esto nunca fue para vos.

Los dos hombres tiraban por elevación, granadas de rencor y desprecio sobre un usado campo de batalla donde era tarde, Gerardo, tarde para irse del campo que, ya está dicho, no aman las mujeres argentinas. No le importaba más que el porvenir de sus hijos.

Pero de eso se encargaba Tolosa, marcando con lápiz colorado las anexiones al plano, que previo desde el comienzo los campos que fueron vecinos y eran propios: quinientas hectáreas de las chicas -sus hermanas- que administraba desde el año veinte y podía comprar cuando quisiera porque estaban viejitas y sólo confiaban en él; más la isleta del difunto Rosales que negoció con la viuda rodeada de hijos y de bártulos en la misma estación del tren; y el cuadro que en tiempos de los radicales pleiteó durante años a beneficio de aquel italiano sordo chacarero sin familia que al mandato del nuevo juez se mandó mudar después de oír clarito los pesos de lástima o regalo pronunciados en voz argentina, clara y valiente. Todo limpio, consolidado, crecido, sin más deudor que el Banco, que al fin estaba para eso, ¿no? Bianucci sonrió con la grasa del asado reluciendo en el bigote, en la mesa larguísima tendida de manteles, escarapelas y botellas, contra la polvareda de los últimos piales ya festivos de los peones.

- ▶ Pruebe esta carne, Moran -decía Tolosa, y el intendente probó, se extasió, cayó en efusiones patrióticas. Las conversaciones crecieron, los chismes de las señoras y las corridas de los chicos, hasta que llegaron los brindis y un jovencito de cuello duro se paró con un papel en la mano y dijo señoras y señores. El comisario lo boleó al cruce, dando un puñetazo en la mesa:

- ▶ ¡Que hable el doctor, carajo!

Las señoras se taparon la sonrisa y miraron de reojo al cura que absolvía con una carcajada la salida de aquel bárbaro, Hijo, mira que eres bocasucia. De golpe se oyó la risa en los eucaliptos.

- ▶ Acepto, señores, porque se me pide con empeño que excede mis convicciones de modestia. Acepto, porque vivimos momentos en que el país, la provincia, el partido, reclaman el concurso del último de sus hijos. Acepto, porque después de este sacrificio volveré con la frente más alta al lugar del que siempre estuve orgulloso: al pie del arado.

Volaron sombreros. El comisario disparó su revólver al aire sobre el mar de aplausos. En consecuencia el doctor Jacinto Tolosa pidió al electorado de su circunscripción que votara por él para senador, y el electorado votó, con fervor y aun con insistencia, soliviantado en una ola de cánticos patrióticos que conmovió hasta las tumbas de los muertos: hubieran querido votar por él. Almas piadosas ayudaron a satisfacer esos deseos de ultratumba.

Ahora viajaba a La Plata dos veces por semana, echaba un sueñito o un párrafo en la legislatura, se codeaba con grandes estancieros y hasta con el gerente del frigorífico. Sus novillos se educaban a la par.

Aprendieron a dar el peso justo en la romana y el setenta por ciento de chilled en las planillas. De noche soñaban con un viajecito cultural a Smithfield.

- ▶ Es un misterio, doctor -se burlaba suavemente Despervásquez-. Aquí nadie saca más de

ochenta pesos por cabeza y son novillos iguales a los suyos.

Tolosa sacaba cien pero el ministro Duhau, ciento veinte. Las jerarquías estaban a salvo. Es que yo mantuve la fe, padre. Cuando parecía que todo se iba a desmoronar, cuando los escépticos dudaban, cuando la traición apuntaba en el seno mismo del partido, yo seguí creyendo en el país. Sus ojos se cerraron y el mundo sigue andando. Jacinto quería morir así. Ir al fin del mundo en un aeroplano hasta deshacerse en fuegos artificiales sobre la plaza entre los aplausos de todos, y mamá llora, pero Estela muerta de envidia. Los aeroplanos de Jacinto eran un Junker trimotor de plomo, un hidro inglés de madera, un biplano con cuerda. Siempre se estaban peleando. Aunque los pusiera lejos, terminaban por agarrarse a tiros o se chocaban en el aire y caían al suelo lanzando llamaradas rojas.

▶ Vos los haces chocar -dijo Estúpida.

Ella tenía cosas más importantes en qué pensar desde que la Madre Superiora entró en el aula revoleando el crucifijo de plata y explicó que la guerra era espantosa, pero el paganismo peor, y que además los negros habían empezado; matando a dos italianos y comiéndolos vivos, y les pidió que ofrecieran mortificaciones a Jesús por la Salvación del Mundo. Mortificaciones de Estela:

Renunció al postre. (Esta chica está enferma.)

Regaló el Billiken a Jacinto, que lo hizo trizas.

Pisó la sogá a propósito en el recreo.

Una piedrita en el zapato.

Soñó, noches seguidas, con un negro enorme que la perseguía con una horquilla.

▶ Esa no se cuenta -reprobó la hermana Úrsula-. ¿Y vos?

▶ ¿Yo? -dijo Lidia-. ¿Yo?

▶ Soy el condechano -triunfaba Jacinto-. Soy el italoibaíbo.

A don Alberto Irigorri el primer cañonazo que estalló en Madrid le destrozó el corazón. Al décimo se había repuesto. Pronosticaba catástrofes mayores, el derrumbe de una civilización de promesas falsas, papeles manchados y Bancos de la Nación. Entretanto, tenía sus ojos clavados en el Hierro, que iba a gobernar el mundo. Almacenaba montañas de chapa, estibas de rollo de alambre, cajones de herramientas. Eran su arma secreta contra Bianucci.

▶ El oro vencerá al hierro -provocó el doctor Nieves.

▶ Usted es una buena persona, Gerardo -replicó el almacenero-, pero no entiende de estas cosas.

Los radicales habían vuelto a la política, a los sueldos de combate según La Tribuna (segunda época). Gerardo escribió a Felisa una larga carta. Siempre la había amado en silencio. Ahora iba a

producir hechos que los alejaban para siempre: ella comprendería.

Tolosa soportó en silencio los agravios que su antiguo amigo le infería en el concejo. Una tarde entró en el bar del Roma cuando Nieves salía. En el cambio de miradas, el senador sostuvo la suya una fracción de segundo más que el adversario, según testigos imparciales. De todas maneras, estaba agobiado por la ingratitud de los tiempos, padre. ¿No habían sacado el país adelante? ¿No prosperaba el campo como en sus mejores épocas? Pero la historia tiene alma de puta: prefiere a los noveleros, los inservibles, los impotentes.

Un poco y no lo verían. Y otra vez un poco, y lo verían, consoló el cura en su viejo estilo enigmático y continuó su paseo alrededor de la plaza, luchando con la idea del sermón. Los albañiles habían retirado los últimos andamios y el templo resucitado iniciaba un brillo de dos siglos, testimonio de la fe que anida en vuestros corazones. Cono, lo que tuvo que lidiar con esos chacareros brutos: querían iglesia pero no querían abrir la bolsa hasta que Dios mandó langosta y granizo. Chitón con eso. Que anida en vuestros corazones generosos. El miserable galpón en que vuestros abuelos. Dios. El modesto sitio de recogimiento y devoción que vuestros antepasados construyeron para adorar a Dios entre lágrimas, sacrificios e invasiones de bárbaros. No me interrumpas, Juana. Sí, los cirios en el altar mayor, las flores ya te dije. Albergó el desfile de las generaciones bajo la mirada tutelar de los fundadores. Ojo. El señor Echandi que descansa bajo esta losa. La señorita Anzoátegui cuya sonrisa dulce quisiéramos ver aquí en primera fila, como la vimos tantos años iluminando. Pero guay. Iluminan-lo digo el dilatado ámbito en que triunfaba su caridad ecoleta, preñada, no, colmada de. ¡Pero guay carajo! y les tocaban el bolsillo, mercaderes, hipócritas, guay! Y la caridad y el diezmo porque entonces Dios había nacido en un pesebre y vosotros le hubierais dejado allí por los siglos, sepulcros blanqueados, raza de víboras! Hum, un poco fuerte eso. Sobre todo si venía el obispo a la inauguración.

Pero, ¿no obligaron, Señor, a tu siervo a acudir al fuego, no pusiste la antorcha en su mano, no debió celebrar tu misa en la plaza bajo la lluvia en el barro clamando en el desierto? ¿Y entonces no volviste a encender su lengua, no convocaste a plaga, muerte y ruina hasta que sus corazones se ablandaron, y los fariseos pagaron, y los públicanos pagaron y tuviste Casa digna?

Las palomas picoteaban en los canteros de la plaza inundada de sol. Contento del cuerpo en abril, aunque el sermón estuviera fracasando. ¿Qué eran las palabras? El cura Trelles pidió al Señor que mitigara su lengua, que en esta ocasión lo hiciera humilde y simple como esas criaturas que corrían hacia él, aplastando, ay, las flores de los canteros.

► Dice mi papá -jadeaba Lidia Moussompes-, que si no es lo mismo que le mande un cordero.

El cura volvió a sentir en la entraña la acidez de los profetas bíblicos, hasta que puso la mano sobre la cabeza de la chica. Paz.

► Dile que Dios no necesita un cordero ni una fanega de trigo. Que lo necesita a él en su persona el domingo en la iglesia. Que no sea ateo, hereje y cismático. Mierda -conjuró para sus adentros-. ¿Te vas a acordar?

► Sí -dijo Lidia.

Estela:

- ▶ Mi papá también se va a acordar. Mi mamá se está haciendo un vestido negro.

¿Encontraría las palabras justas? La cuestión seguía indecisa cuando se asomó al pulpito sintiendo a sus pies la respiración del pueblo: manchón de púrpura y oro de jinetas, pañolones y velos de mujeres, mar de cabezas gachas hasta las últimas perspectivas de paisanos parados cerca de la salida con las manos y el sombrero entre las piernas. El ojo vivo de La Tribuna anotó mentalmente el silencio. Buscó un adjetivo, no lo encontró. El cura miraba los ángeles armados de tridentes y candelabros de luces eléctricas que luego temblaban como si fueran velas. Felisa se humillaba hasta el piso: tal vez este hombre terrible no mencionara a nadie en sus anales de ceguera y de pecado. Tolosa alzó la cara, sorprendido. El reportero vio una mosca. ¿Era el adjetivo? Las lamparitas llameaban, se incendiaban en la cara del padre Trelles. Tolosa se iba parando mientras aquel toro de hombre se desmoronaba con enorme lentitud sobre el borde del pulpito, pronunciando exactamente cuatro sílabas.

Para Tolosa los hombres crecen cuando mueren, y Bianucci, barajando sin cesar un naipe: Así es la vida. Las mesas de juego estaban desiertas esa noche en el Fénix, y un silencio pesado flotaba sobre la plaza a pesar de la gente agolpada ante la puerta de la iglesia.

- ▶ Lo están vistiendo -murmuró el comisario.

Moran llegó desolado, conteniendo las lágrimas.

¿-Todos los honores, senador -dijo desplomándose en un sillón-. He decretado todos los honores.

Los honores estuvieron en su vida, en su acción. Tome algo, Moran.

Volvieron a oírse las campanadas fúnebres.

- ▶ ¿Se sabe al fin lo que dijo?
- ▶ Había dos versiones. Algunos le oyeron "Jesús amén". Otros entendieron "Jerusalén". Moran explicó las dos: la ansiedad de ver su obra terminada después de quince años de lucha sin tregua resultó demasiado para ese gran corazón.
- ▶ Cura gaucho -recitó Bianucci.

Tolosa quedó sentido. Durante semanas casi no habló. Salía temprano a recorrer pero una vez se le escapó un alambre cortado, y otra una oveja muerta en un pajonal. Pasaban días de vuelo bajo, cortos y grises. Cada tranquera, cada cuadro, era una historia de años: esto se recorría de un galope, padre. Ahora lleva un día. Y sin embargo, era mejor aquel tiempo, se respiraba de otra manera, hasta el aire parecía más limpio. Su nostalgia se acentuaba al bordear la chacra de Moussompes, que ya era casi una isla, circuida por tres costados, una espina en el corazón del campo. Le había ofrecido el oro, y el moro, y nada, siempre aquel cazurro graznido de gavio tas en la estela del arado:

- ▶ Un añito más, doctor.

Ya era una forma de ingratitud. Una tarde Tolosa rumbeó para el galpón, en vez de las casuarinas. Celestino se quedó azorado al verlo desmontar del caballo que nunca había puesto en manos de un peón, ni siquiera para desvasarlo. Báñalo vos. Esta noche le das avena, y mañana lo largas al campo.

- ▶ ¿No lo ensilla más, patrón?

Tolosa no contestó. Iba a pie en dirección a las casas, y desde el día siguiente sólo anduvo en auto. ¿Lo Valvo? Callate, dijo Estúpida. ¿Supici Sedes? Estela se aburría pero Jacinto empezaba a contener la respiración cuando la polvareda aparecía en el horizonte y no la soltaba hasta que pasaba a su lado el rugido formidable del auto de carrera trepidando en cada chapa, con esa figura rígida como un gran autómatas negro de cierra, aceite y antiparras. Los corredores miraban adelante, una raya situada a cien, doscientos, mil kilómetros de distancia. ¿Risati? Yo quiero morir así, exultaba Jacinto. Sus aviones destrozados se herrumbraban en aburridos campos de batalla. El también se había pasado al bando de los autos.

Iban a esperar la carrera fuera del poblado, donde el viejo camino se bifurcaba: un ramal conducía a la estancia; un error, directamente al pueblo. Tolosa miraba, calculaba, a veces reloj en mano. Lejos todavía, precedido por aquellos rayos polvorientos, avanzaba el macadam. El país que estamos construyendo, padre, surcado de rutas, puentes, estaciones de servicio. Su tristeza se disipó: renacía como el fénix de sus cenizas. Cayeron las tranqueras, las vacas olisqueaban los guardaganados. Era un nuevo acto de fe porque la vida sigue, Felisa, nada la para.

- ▶ Eso es lo malo -dijo ella cruzando los cubiertos sobre el plato que no había tocado.

Tolosa suspiró, encendió un cigarrillo. Ya él tampoco tenía ganas de comer. La mucama retiraba.

- ▶ Por la derecha, m hija -murmuró Felisa; y después- : No aprenden nunca.

No les das tiempo, iba a decir Tolosa, pero se calló. Los ojos de Felisa estaban húmedos. Esa tarde había visto otro linyera, su silueta recortada en sangre, caminando por las vías al atardecer. Era horrible. No, nadie pretendía que los mataran, pero ¿no podían caminar por otro sitio? Jacinto dormía, su cara superpuesta a la cara del niño raptado, asesinado: Crítica entraba subrepticamente en la casa. Felisa vivía agonizando, trababa las puertas con barras de hierro, se despertaba de noche para acudir al dormitorio donde le parecía haber escuchado un ruido. Cambió tres sirvientas en dos meses; todas eran cómplices. Al fin Dios intervino:

Gancedo se ahorcaba en la cárcel. Pero todavía Felisa alcanzó a descubrir un peón que se parecía a las fotos del monstruo. Tolosa lo despidió.

- ▶ Es un período difícil -diagnosticó el joven doctor Pascuzzi-. Se le va a pasar. Con este éxito científico inició la carrera que iba a llevarlo tan lejos en la estima del pueblo. ¿Estela? Se había desarrollado según la púdica expresión de su madre. Tolosa no quiso averiguar detalles, pero asistió complacido a consultas en voz baja, intimidades sorprendentes, el fin de una vieja guerra.

El mapa de sexto no tenía mongolfieres. La mano de la hermana Anunziata disolvía diariamente las fronteras, impávida cuando la raya de tiza desbordó París, temblorosa cuando bajó de Albania sobre Grecia. Estos no eran negros: debía haber alguna explicación en los designios del Altísimo. Estela padecía en Dunkerque. Enfermera, los tanques alemanes la capturaron abrazada al último oficial moribundo. Su heroísmo salvaje espantó al invasor que detuvo el combate hasta que el inglés exhaló el postrer suspiro. Los tanques formaron en una doble hilera, y ella pasó indomable y altiva entre los soldados que le presentaban armas. Pero no le importaba porque su corazón se había ido con el joven rubio, y nunca volvería a amar. Lidia la codeó.

► Che -un murmullo.

La hermana Anunziata repetía su pregunta.

► Lado mayor más lado menor por altura -dijo Estela-. Sobre dos -agregó.

Era el último año que pasaban juntas. Moussompes había resuelto que Lidia siguiera estudiando en La Plata, porque allá saben más que acá, y ella era la espiga más alta del pino, esa punta de flecha o mano de ahogado que quería sacar de sí, aunque todos los demás reventaran, Benedita, los chicos y él mismo. Lidia se doblaba bajo esa carga. No faltó en todo el año:

Hasta esa mañana de agosto en que las ovejas empezaron a parir con cielo limpio y dulce a pesar del frío y salió con su madre para ayudar a Moussompes que hubiera necesitado un peón y miraba el horizonte donde a mediodía apareció una franja color aceituna que a las dos de la tarde era ancha y negra cuando Lidia llevó el primer guachito a casa y empezaron las gotas chatas, y heladas y entonces Moussompes. Vamos carajo vamos metiendo las manos que desaparecían tironeando en el vientre de los animales ya el campo poblado de balidos bajo el aguacero gris. Se me van a morir granputa pateando las que se quedaban echadas tratando de empujarlas hacia las casas al reparo de la arboleda pero los animales ponían el anca al viento estóolidos como postes bajo el temporal que ya era la noche y si tuviera dos peones y si cambiara el viento, que no cambió aunque Lidia rezaba mientras hacía la comida bajo el fragor del zinc viendo las manchas negras extenderse por las paredes como un mapa mudando de lugar al último bebé que lloraba con la nariz bajo una gotera y Jesús mío que no le pase nada a mi papá que no se mueran los corderos hasta que entró Benedita amarilla muda y empapada quieta luego en un banco mirando la ventana las víboras violetas de los rayos las gotas que resbalaban de sartenes y cascadas de naranjas los charquitos en el piso de tierra aturdida para siempre cuando Lidia madre de su madre le llevó el plato de sopa atendió a los chicos y se puso una bolsa en la cabeza, pero Domingo Moussompes Entra carajo enloquecido Falta que te mueras vos moviendo los brazos como aspas bajo la lluvia con alfileres de nieve que Era lo único que me faltaba corriendo de aquí para allá detrás de la linter- na y Lidia volvió a tientas al monte de acacias donde se acurrucaban apenas cinco ovejas lamiendo sin ganas su cría y siempre de culo al viento que no cambió hasta la madrugada:

Cuando Domingo Moussompes vio por fin en la turbia luz el tendal que ya estaba en su corazón y él también entró despacio enorme y tambaleando cruzó las dos miradas despiertas hasta llegar al borde de la cama donde se acostó boca abajo y empezó a llorar y llorar. Y esa misma tarde reapareció Tolosa, última vez, junto al alambrado donde se secaban los cueritos, le habló como un amigo, y ya Moussompes agarraba la plata y se estaba yendo al Norte a buscar las estancias grandes, porque siempre dijo que el día que se mandara mudar se iba a Santa Fe, lo mejor era eso para su gusto, las fortunas más grandes, todos los campos alfalfados, y además tenía ese amigo



vasco, Martiren, que lo • quiso hacer quedar de capataz cuando le llevó la hacienda en 1911.

Tolosa vio la mirada del hombre perderse lejos y volver después a sí mismo, a un duro núcleo de obstinación, perversidad, estulticia,

- ▶ Le agradezco, doctor -y seguir cuereando.
- ▶ Pero qué quiere, mi amigo -rezongó Bianucci ladeando la cabeza y sobándose el bigote-. Ojalá yo pudiera darle un préstamo a todo el mundo.

¿Para qué estaba el Banco, entonces? Bianucci contuvo una sonrisa a la altura de los ojos celestes y saltones.

- ▶ Veá, Moussompes, con usted quiero ser franco. No hay un peso. Están cerrados todos los créditos.

Pero, ¿estaban realmente cerrados? No, señores concejales. Aquí tengo copias de dos resoluciones por las que se otorgan créditos de cincuenta mil pesos cada uno a este personaje cuya influencia es nefasta y corruptora en todos los sectores de la comunidad. El señor presidente hizo notar al orador que estaba fuera de la cuestión. He señalado más de una vez a vuestra honorable atención sin esperanza alguna de ser oído por quienes de hecho resultan cómplices y beneficiarios de maniobras como la que permitió desviar la ruta nacional.

El señor presidente hizo notar al orador que estaba fuera de la cuestión. De su trazado primitivo para hacerla pasar frente a su estancia e instalar en la entrada del pueblo la primera estación de servicio; cuyas haciendas se negocian en condiciones de privilegio. El señor presidente hizo notar al orador que estaba fuera de la cuestión que jamás consiguen los humildes pobladores de la zona; que ha logrado silenciar toda voz opositora adquiriendo por vía de un notorio testaferro el único diario del lugar, y que hoy maneja al intendente, a la policía y a este honorable cuerpo.

El señor presidente pidió al orador que retirara la expresión agravante para el concejo, llegando en su impudicia a conseguir por medio de otro notorio testaferro la licitación para pavimentar doce cuadras céntricas con financiación bancaria, quedándose con la ganancia del crédito y de la obra a despecho.

El señor presidente admitió que si bien el orador estaba ahora dentro de la cuestión, había vencido el tiempo reglamentario por lo que debía levantarse la sesión. "No concretó sus denuncias el doctor Gerardo Nieves", destacó La Tribuna. Pero don Alberto lo felicitó calurosamente en el bar del Roma.

- ▶ Duro con el Banco -decía mirando de reojo a Bianucci, que tomaba su café en otra mesa.

Garó que después iban a caer a él, los mismos que en el 28 corrieron a sacar su plata. Pero él no podía aflojar un centavo aunque se le partiera el corazón. Con las últimas chapas y caños galvanizados que andaban sueltos por ahí estaba redondeando la Montaña de Hierro sobre la que se sentaría a contemplar el desastre. Lamentaba mucho.

Un sol tibio entraba por el balcón de la escribanía la mañana en que Moussompes acudió a firmarla

escritura de hipoteca del campo: 1200 pesos al diez por ciento adelantado.

► Todavía está a tiempo -dijo el martillero, que insistió en acompañarlo-. Yo que usted no firmo.

Pero qué iba a hacer, Despervásquez. Si no firmaba, no podía mandar la hija a estudiar afuera. Quería dejarlas en buen punto, no en corrales. Esa era la herencia que les daría, por lo menos a Lidia.

Que prometió escribir todas las semanas, pero Estela: todos los días, y se rieron arreglándose una a otra el pelo o el moño mientras los chicos tironaban de la falda de su hermana y Moussompes dueño del andén. Ese día llevaba hasta sombrero. El telegrafista bromeaba mirando de soslayo a la muchacha de alto busto y ojos brillantes, Cómo era don Domingo que no lo había invitado a tomar mate a su casa, y Moussompes: El que sale bueno no erra.

Ya no había más jaulas de gallinas y tarros de leche que subir al furgón. Con la primera campanada empezaron los rápidos besos y lágrimas. Moussompes irrumpió en el grupo y Lidia desapareció en sus brazos. Después trepó al coche, reapareció en la ventanilla en movimiento. Era feliz, tenía ganas de llorar y con un sobresalto reconoció en el paso a nivel el sulky vacío y atado al alambre. Estela caminó en dirección a la plaza. Las hojas de los plátanos amarillaban, pronto empezarían a caer. El for blanco de su papá estaba frente al Fénix. Entró y se sentó a esperarlo: el calor de la siesta iba quedaba prisionero en el tapizado, y quiero decirte que me aburro mucho en el pueblo este año, aunque algunos profesores son fenómeno y el de historia es un churro, trae revistas y las lee en clase, y en geografía tenemos un viejito tartamudo que todos le tomamos el pelo. ¿Sabes quién se me declaró? El hijo de Moran. Lo estuvo pensando tres días y las chicas me avisaron así que fue un plato. Me tomó la mano en el cine y yo la retiré, y después a la salida me dijo que gustaba de mí, con esas mismas palabras. Me quedé ¡asombrada! y le pedí tiempo para pensarlo porque quería hacerlo sufrir un poco pobre pero después me dio lástima y le dije que seguiríamos siendo amigos. Acá ya empezó el frío qué bodrio. Esta tarde fui a pasear sola por el monte pelado se oían las torcazas entre las acacias, pensaba mucho en vos. Qué lástima que tu papá te mande a estudiar a La Plata y otra vez con las monjas, pero él sabrá. A lo mejor te envidio, el pueblo está hecho un barrial con las lluvias. Por tu casa no he ido, creo que están bien. El otro día me crucé con Nélida al salir del colegio, tan grande que no la conocí. A tu papá suelo verlo de lejos en el campo, parece que le fue mal con el maíz o el girasol, vos estarás enterada.

Pero es que todo lo hacen a destiempo, no escuchan los consejos, no leen siquiera los diarios. ¿Cómo van a progresar así? Se dan lujos de rico y cuando quieren acordar están endeudados hasta la manija. Entonces se sientan a gemir y arar con el culo. ¿Ayudarlos? Nacieron sabios y cuando les duele el callo del pie son capaces de pronosticar la cotización del mercado además de la lluvia.

► Usted siempre tiene razón, doctor.

No es que él tuviera razón, Despervásquez. La razón estaba en las cosas.

La razón de las cosas fue invisible para Moussompes ese año. Cuando llegó la cuenta del tercer bimestre del colegio, y el primer vencimiento de intereses, y médico y remedios para los chicos que engriparon todos al mismo tiempo, liquidó la mitad de las ovejas que acababa de comprar, se emborrachó fuerte en "El Progreso" y a fojas 23 el declarante le oyó decir que habría que carnear ajeno y no dejarse agarrar en momentos en que sustraía una oveja del campo lindero de don Andrés

Almada. Estamos en condiciones de informar que la detención del susodicho Moussompes se debió a un acto de arrojo personal del comisario Argafiaraz, quien lo sorprendió in fraganti delito sin que atinara a usar la escopeta con que iba armado. En conversación informal con este periódico aseveró el comisario que el tal Moussompes tiene antecedentes de cuatrero. Se investiga en su campo la existencia de numerosos animales sin señalar. Era tiempo que las autoridades tomaran cartas en este asunto del cuatrero que durante tanto tiempo ha constituido un descrédito para la zona.

Esa tarde Estela caminó hacia el alambrado, como antes, y se sentó en el suelo. El árbol estaba verde en todas sus hojas aunque sólo unas pocas en los bordes se encendían y apagaban. Si hablaba, no lo oía. Yo sé que debería escribirte Lidia pero esto es demasiado espantoso para vos. No sé cómo empezar, me siento perdida y al final es posible que no te escriba. En casa ni quieren que se hable, y por eso he venido sola a mirar tu casa y estar triste con vos aunque no estés, y quiero que sepas que soy tu amiga y te quiero mucho, y es terrible que los hijos carguen con las culpas de los padres:

▶ Papá.

Tolosa alzó los ojos de la correspondencia. Estela lo miraba de frente, mandíbula apretada, ojos desafiantes. El sonrió apenas mientras sacaba papel de fumar y tabaco de la tabaquera.

▶ Desensille, m hija -humedeciendo el borde del papel, armando el cigarrillo entre los pulgares y los índices-. Ya está en edad de comprender algunas cosas.

▶ Tenes que hacer algo.

Estela se aflojaba, ahora sí parecía a punto de llorar. Tolosa no lo quiso permitir:

▶ Bueno, pichona, ya veremos. Mañana hablaré con. Argañaraz. Lástima que el preso ya estaba en la cárcel de Azul a órdenes del juez. Carajo, ¿qué apuro había? Ninguno, doctor, pero en la comisaría faltaba comodidad. Argañaraz se pasaba la mano por el pómulo donde tal vez tenía una mancha amoratada. Moran se rió.

▶ Pegaba fuerte el vasco.

Esa noche el comisario tardó en dormirse. Daba vueltas en la cama, se ahogaba con el asma. Siempre ocurría lo mismo al llegar la primavera.

▶ ¿Sabes una cosa? -dijo.

Su mujer le traía un té de valeriana.

▶ No entiendo a la gente.

Ella se quedó sentada en la cama acariciándole el pelo ya canoso de las sienes, viendo ablandarse cada arista de la cara hasta que se quedó dormido, sin comprender todavía, oyendo el primer canto de los pájaros.

Que venía en oleadas desde lejos y Moussompes podía distinguir cada agudo y cada bajo, pero ninguno volaba sobre el trigal quieto y extenso. Sólo el canto en ráfagas sobre su cabeza, una burla de urracas, el chillido excruciante de una banda de golondrinas. ¿Ciego? Veía el trigo sin hábito de viento. ¿Iban a bombardear? Se despertó a las cinco y estaba oscuro en las paredes de piedra, con algo de ceniza en altas claraboyas detrás de las rejas, Si lo soñaban a Moussompes en la Cárcel, pero no se dan cuenta que yo me estoy yendo para la Provincia de Santa Fe, a un pueblo que se llama San Gregorio con mi amigo Martiren, y después de esta guerra pienso venir a comprar hacienda a su feria, señor don Eduardo Desperbasques, muy señor mío:

► El objeto de la presente carta es en saludarlo y al mismo tiempo tiernas en decirle que haber si me lo habla al Comisario: Algafiaras. por si puedo vender unas cuarenta ovejas orejadas y entrarían cinco ceñaladas y deben entrar veinte corderos al pie que son las que handan queriendo decir que son robadas y que son de las últimas ovejas que compre en su feria, señor Eduardo Desperbasques. De mi no se que ira á resultar vino un Abogado: por 800. pesos dice que me saca. Es un crimen tener que pagar para salir si no estoy acusado por nadie mas que el Comisario: y sumariante por conceguir galones me salieron una noche al cruce y ya traían la oveja manada me emprendieron á trompadas en mi casa y garrotasos en la Comisaria: tenía que firmar lo que ellos querían.

Lo malo es la plata preciso una mina entrada ninguna solamente alguna lotería. Y vea Desperbasques. voy á tener que vender el campo y le encargo: averiguar si hay comprador. No ve que las hijas claman paga papito que vamos á trabajar de cirviente y te vamos á devolver la plata y que quiere Desperbasques, yo creo que al hombre mas corajudo se le ablanda el corason. Vinieron una noche no me dejaron verlas siete hijos y la madre ocho también habrán creído que era hurtada la familia y todo lo que han hecho conmigo: es ansi. Y la única venganza que los queda es mandarme mudar del pago a Santa Fe. no quiero que nadie me vea mas la cara hacer de cuenta que estoy muerto. Vueno Desperbasques. le pido disculpa porque ando muy nervioso las palisas los avusos ciempre mal la cabeza el óhido la memoria mal tomando remedios ciempre estoy fatal que sea lo que Dios: quiera aceite. S.S.S. Vale. El Doctor. Tolosa. quería comprarme el campo alo mejor sigue interesado.

Pero mi amigo, qué hago yo con ese potrero, cardal y salitre, y las veces que le ofrecí comprarle fue por la aguada que él tenía, pero ya puse otro molino. Así que Tolosa no compra, Moussompes.

El andén estaba casi vacío y Estela creyó que Lidia no llegaba. Fue la última en bajar y cuando se abrazaron pareció que todo iba a ser como antes hasta que vio crecer en su cara aquella fea mancha de obstinación, distancia y vergüenza. ¿La llevaba en el auto de su papá? No, ahí venía su hermano a buscarla. ¿Pero se verían? Sí, mañana.

► Gracias -dijo Lidia y la besó en un impulso demasiado breve, caminaba ya por el andén junto a su hermano sin ver al jefe ni al telegrafista ni al comisionista que charlaban debajo de la campana. Tinti chasqueó el arreador y una película de polvo empezó a caer en la tela azul del uniforme de Lidia que después besó a su madre y sus hermanos, sacó los libros de la valija y mientras los envolvía con mucho papel y los sepultaba en el baúl comprendió que ya no lloraría, ni siquiera al verlo, después que le revisaron la cartera le hicieron abrir el paquete y ponerse en la fila hasta que él apareció detrás de la reja con el paquete celeste desvaído sin cinto ni faja, la chaqueta que le quedaba grande la cabeza rapada los taponos en-los oídos, y tendió las manos que se quedaron nomás en el alambre. Así se estuvieron mirando, respirando en los puntos de luz de los ojos iguales,

hasta que los de Moussompes tomaron ese color de película de cal y metió la mano en el bolsillo para sacar un pañuelo que no terminaba nunca, sonarse las narices y guardarlo sin que todavía hubieran dicho una palabra de las pocas que había por decir y que Lidia debió gritar para que él oyera: Mamá y los chicos bien, Nélide y yo vamos a buscar trabajo. Y él: tenía que salir pronto, o serían las ganas, pero si era acusación policial, si a él no lo acusaba nadie; si no lo habían agarrado con nada ajeno. Les había tirado atrás todo el sumario, los pidió a careo: no vinieron; pidió como la causa a prueba: ninguno lo acusaba. Entonces tenía que salir.

- ▶ Pero vamos a esperar hasta diciembre o enero -dijo el Abogado-. A ver qué pasa con el gobierno y las elecciones, saber a quién hay que tocar.

¿Qué esperaban que pasara? Esa gente siempre vivió de fantasías. Y ahora no les bastaba una diferencia de cien mil votos, que era una sanción moral, un reconocimiento del pueblo a la obra que estamos realizando sin ellos, contra ellos, a pesar de ellos. Al pie de una montaña de papeletas, Felisa, Gerardo Nieves lloraba transfigurado en cocodrilo por el acre certero humor de La Tribuna mientras tu marido volvía al llano con dignidad y propia decisión, la cabeza alta, a velar por intereses que ya no era lícito seguir sacrificando.

Pero el mar Felisa devoraba el pueblo y el tiempo, avanzaba desde el horizonte altísima muralla disolvía acantilados y se iba con su sorda marea de papeles y de caras dejando a tus pies un borbollón de arena y unas piedritas redondas.

- ▶ ¡No te vayas tan adentro!

Estela luchaba deleitada con aquel pulso potente salobre que la embestía a la altura de los pechos, la alzaba encendiéndole todo el cuerpo, la acunaba, la dejaba caer despacio, y no te puedes imaginar cómo me divierto, estoy hecha un camarón, ayer mamá me dejó ir a bailar con unos amigos, hay uno que está regio y otro te tengo reservado para vos, lástima que no podamos estar juntas, te extraño y te extraño. PD. Espero que haya salido tu papá.

- ▶ ¿De dónde, dijo?

- ▶ De La Seca -contestó el viejo-. Le llamaban, por una seca grande que hubo en el setenta o a lo mejor fue en el ochenta. Aja. El dueño era un gringo rosillo y un día en el invierno se encontró con unos indios que lo mandaron de vuelta desnudo y él ni se dio cuenta porque andaba siempre en pedo. Sí señor, y son de cobre.

El viejo volvió a soltar dos sílabas de risa aunque los ojos parecía que lloraban pero no, era el color amarillo del tiempo en la córnea, algunas venitas rosa y aquel modo de mirar como si estuviera al lado de un fogón. ¿Pitaba?

- ▶ Le voy a aceptar. -Silvestre Barraza fumó despacio, en cuclillas, las manos largas y negras rozando la punta de las alpargatas-. Mucha vaca muerta. Aja. El tendal. Pero eso fue hace quietiempo, señor. Yo soy del sesenta y uno. Aja.

Un hombre de su edad, en la Cárcel. Como si alguien que no fuera él pudiera acordarse de lo que había hecho. ¿No quería que lo hiciera soltar con su Abogado?

► Francamente, señor -dijo Barraza-, francamente. Para qué quiero yo salir. Para qué. pero yo lo que quiero es haber si el Abogado: me saca pronto de la Cárcel: ya estoy yeno y las hijas claman amares paga papito y a mi se me va el alma de dolor se me cae el corason de ver lo que los pasa. Asi que venda nomas el campo con la vace de 85. pesos la ectarea es muy varato pero tengo que vender que sino el Abogado: no me hace la defensa. Tengo que salir a fayo del Juez. Doctor. Cesar. G. Gayoso y el sumario negro pero dice el Abogado: que me. vá sacar en Mayo y me hecije 400. pesos adelantado y los otros 400. á la salida. He retifi-cado el sumario de. Nuevo por estar mal de la cabeza. para declarar y estoy livianito como para saltar al rio tengo testigos los espero sereno como agua de tanque que vengan á careo: pero no an venido no van á venir. Vea si todavía al Comisario: se le vá poner fea si yo le se una nidada que tiene con un Camisero: ahi vamos haber de á cuanto los toca. Haber Desperbasques si le adelanta 100. pesos á mi mujer Benedita. A. de Moussompes, para vicios y ropa para los hijos pero sin orden mia no le de ningún centavo. Se me van á quedar con toda la plata en Abogado: si ahi que aligerarse que sino no voy a tener para ir á San. Gregorio. Provincia, de Santa. Fe. Y también le encargo averiguar si encuentra colocación para las hijas. La Lidia, se puede garantir como buena para cualquier trabajo que sea y muy haceada y la Néli-da. mucama o niñera, que les den de comer a los más chicos ahora.

El tiempo vá lindo campo sobra para las haciendas caras. La Guerra. Europea, esta fuerte ninguno quiere aflojar están bravicimos los Ejércitos. Yo no hago mas que obcervar cuando puedo algún Diario: me parece que las haciendas vienen al suelo después de la Guerra. No se descuide con lo fiado que lo van á dejar en la via los Bancos: no perdonan á nadies. Estos dias es como mi Cárcel: no se cuando salgo ya hace siete meses que estoy ansi. Vueno Desperbasques, venda el campo la confiansa que tengo en usted que lo concidero el mejor hombre del pueblo por eso es que lo clavan yo no lo voy á clavar porque no piso mas mis pagos no quiero que naides me vea mandarme mudar: á Santa. Fe. P.D. Lastima el Doctor. Tolosa. se haya arrepentido yo prefería que comprara el save tratar la tierra:

La tierra y la ley y la gente, Tolosa, y algo insobornable y desnudo que es él mismo, caminando en silencio en la penumbra de las siete de la mañana. Tose un poco, un ruido como de piedras revueltas dentro de una lata, pero pasa pronto y es el cigarrillo que puede dejar cuando quiera. Va al baño, expulsa gases nocturnos; eso no se oye porque ha abierto con fuerza una canilla. Enciende la estufa. El agua se calienta desde hace una hora en la serpentina. El baño es corto pero la friega con la toalla es larga y enérgica, y entonces la sangre se pone en movimiento. Toda la sangre, Tolosa. Ya puede pararse frente al alto espejo sobre las baldosas crema con dibujos celestes: un metro setenta y cinco, setenta y cuatro quilos, 53 años y ni una gota de grasa en el cuerpo, blanco salvo los brazos hasta el codo, salvo la cara hasta el nacimiento del cuello. Porque ahí es oscuro y tatuado para siempre por el sol, y eso es lo que ve la gente: la cara y los brazos oscuros. No esos pelos grises del pecho, no las piernas casi lampiñas, no el sexo poderoso a medias erecto en esa hora temprana. Pudo ser un padrillo si hubiera querido, pero nunca le prestó demasiada atención. En eso fue simple como los animales, padre: tomó a Felisa cuando la necesitaba y ella consintió con o sin ganas. ¿Había quemado algo de sí mismo?

Tal vez: un cambio deliberado, no un sacrificio. Enjabona, pasa la brocha, se mira. Algunos pelos demasiado gruesos en las cejas, algunas arrugas en la cara bien tallada cuya piel apenas cede a la presión de los dedos y la navaja. Le inspira una confusa ternura esa cara. Senador, doctor, Jacinto, chiquito. ¿De quién? Eso se pierde en el tiempo, ya no lo necesita, ya no necesita casi nada. El café

lo espera en la cocina. Lo tomará solo. Después llevará él mismo la bandeja con el desayuno a la cama de su mujer. Después subirá al auto y calentará el motor. Después irá despacio rumbo al pueblo entre árboles grises, alambrados relucientes de telarañas, potreros donde recién empieza a levantar la cerrazón. Hará tiempo retirando unas cartas en el correo, unos bultos en la estación, una docena de bulones y unos torniquetes en el almacén de don Alberto, que se está poniendo nomás las botas con su Montaña de Hierro. Todavía le quedarán unos minutos para tomar un café en el Roma y leer en La Nación su cuota de Stalingrado o Guadalcanal, antes de ir all remate y sentarse como uno más en un tablón de un lbrete. Poca gente. Tolosa respondió a los saludos y estudió las caras con indiferencia, después de la oferta inicial por la base, antes de hacer por primera vez la seña del as de espadas al martillero:

- ▶ ¡Es una vergüenza, señores! clamaba. ¡Ustedes no han visto lo que vendo! -agotando las instancias de la agresión y de la súplica, a la una, los desafíos a la astucia y el amor propio junto con las invocaciones a la historia y al glorioso futuro, a las dos, el último suspenso y la mirada de despecho sobre la rueda de caras estólicas-. Vendí -dijo, y: -lo felicito, doctor-cambiando de máscara, sonriendo porque había concluido su papel sobre el tablado, primer agonista de la única función de teatro que el campo conoce.

"Lo siento, amigo Moussompes, hice todo lo posible." Y era cierto, las cosas andaban mal, la incertidumbre, la guerra. "Por lo que estimaré me envíe su conformidad con la cuenta" de honorarios de escribano que otorgó poder, certificados de venta, cancelación de hipoteca y de intereses, escritura de cancelación, honorarios de abogado defensor, adelantos a su señora, cancelación de deuda bancaria, avisos de remate, comisiones pagadas, "y con el saldo".

Que no era casi nada, don Silvestre.

- ▶ Aja -murmuró el viejo sacando la pava del brasero-. ¿Gustaba?
- ▶ Le voy a aceptar -dijo Moussompes.
- ▶ Sí señor y son de cobre. Un día vinieron los indios. Me escondí en un monte y me topé con uno que también se andaba escondiendo. Aja. Vamos a ver quién gana, y nos pusimos a mirar. Y cuando vi que ganábamos nosotros, le dije: Dispara. Y disparó nomás.
- ▶ ¿Dónde fue eso?
- ▶ En La Seca -respondió el viejo.
- ▶ Está bravísima la guerra.
- ▶ Ha de estar.
- ▶ Puede ser que si se corta, los suelten a los de menos causa.
- ▶ Sí, señor.

¿No daban más los alemanes? Jacinto había entrado en el África Korps. Tobruk era un árbol de hojas temblonas que estaba detrás de las alambradas, en una loma difícil de tomar si no era por

sorpresa. Por eso Jacinto y su rifle del nueve se arrastraban en silencio mientras la guarnición dormía. En lo alto de la fortaleza había un centinela negro que miraba a todas partes. A mil quinientos metros de distancia Jacinto apuntó con su infalible fusil: tac. El centinela huyó. Ahora podía acercarse más. El trapo colgado del árbol era el cuartel general; la lata agujereada, el polvorín. El disparo arrancó astillas verdes de la fortaleza. Mala suerte. En ese momento lo sorprendió la carga de la caballería. Estela decía palabras atroces y yegua sobre yegua hacía crepitar el látigo desde lo alto. Jacinto se respaldó en Tobruk. Era suyo. La ráfaga de ametralladora zumbó junto a su oreja. Entonces se replegó en orden y cuando estuvo a distancia favorable levantó el terrón más grande que pudo encontrar y lo tiró en dirección a su hermana, que había desmontado y tocaba el árbol, sus heridas fibrosas y apenas húmedas.

Estela llevaba un mensaje. Su papá vendría a hablar con Benedita pero hasta fin de año podrían quedar en la casa si Moussompes no salía antes de la cárcel. ¿Escribió?

► Sí -dijo Lidia-. Escribió:

Benedita y mis hijos: Les deseo felicidad que yo regular á Dios: gracias y Nuestra. Señora, de Lujan. Mi causa vá despacio yo no se que piensan hacer conmigo no me ponen en libertad y no me faya el Juez. Los otros días le escribí á el Abogado: asunto de mi causa que espero hasta fin de año y de ahí vá por mi cuenta. Yo creo salir en cuanto paze Noviembre y sino perderé mis 400. pesos pero tengo muchas apelaciones las Cámaras: la Corte: tiro fuerte ellos creían que yo me iva á quedar quieto estropiado pero al ver que no salgo le sacudo á todos lados. A mi la Cárcel: no me hace nada lo único que pido es saludo, cumplo 55. años: mal empleados y le tiro á otros 55. yo nunca aflojo ni queriendo y estoy hecho un pive sin vigote. Lo que mas ciento es la plata se me vá. tras que vendi mal el campo. Ahi le escribo á Desperbasques. que te entregue 100. pesos y después de eso no ahí mas que no ahí mas campo para vender y si alguno pregunta si tengo plata le dicen que nó que yo le estoy dando de lástima a la familia tengo que largarme al suelo del todo si ellos son ligeros yo los sobro como puchero de estancia. También le mando 25. pesos á la Lidia, para que me compre un villete de Lotería: para Navidad, puede que saque la Grande: y de no paciencia. Yo siempre para Santa. Fe. cuando salgo aqui no me quedo mas que voy hacer mal mirado por el mundo entero tachado de lo ultimo y alia tengo ese amigo vasco creo no me vá dejar morir de hambre mi amigo Martiren.

La vida que paso no he pasado nunca comer y dormir los presos son todos vuenos secos nomás presos por cosas que no tienen inscificancia. Ahi esta un hombre de Bolívar. Ledesma. por unas cosas que no vale la pena tiene 8. años esta por morirse y no lo largan. Yo creo devo salir para Navidad: si Dios: quiere para ir donde están mis hijos. Contesta en ceguida no te as muerto pero como cosa mala no muere saludos á mis hijos y vecitos que pronto vá ir papa como van a llorar de contentas mis hijas y todas estas lagrimas las causa alguno que me avorrece por conceguir galones con sus amigos y los Juezes: son todos uno, hacen y desacen, pero ya les vá a tocar si a cada chanco le yega su Sanmartín si todavia se le vá a poner fea al Comisario:

Que cuando vinieron los calores empezó a soñar de nuevo con el mar, una llanura azul que pudiera contemplar cada mañana al levantarse, aunque fuera en Neco-chea o San Clemente, porque ya estaba harto, sabes, harto del pueblo.

► Pero el mar es malo para el asma -dijo su mujer.

Entonces él se enfureció. Veinte años de trabajo y sacrificio que al final nadie agradecía, una vida al



servicio de los otros, de sus enjuagues y tramoyas. ¿Y qué había sacado en limpio? Una bala en una pierna, un cansancio en cada hueso, un enemigo en cada oscuridad y las noches en blanco mirando el cielo raso y pensando en el mar, en algo grande y tranquilo que valiera la pena quedarse mirando en sus últimos años. Así que quiero irme, doctor.

Que estaba en su derecho, dijo Tolosa, y lo vamos a extrañar porque nadie conocía este pueblo como usted. Que en la semana viajaba a La Plata, hablaba con el jefe y gestionaba el traslado. Que la decencia y el orden reinantes en la zona eran su mejor recompensa, pero eso no obstaba a manifestarle su reconocimiento personal.

Que una sola cosa quería preguntarle, porque lo venía inquietando, y era: qué pasó con su ex vecino Moussom-pes aquella noche que lo tomaron preso.

- ▶ Usted lo sabe bien, doctor -dijo el comisario-. Era un cuatrero. Se me escapó durante meses y de alguna forma tenía que agarrarlo. Que no lo dudaba pero de quién era la oveja que le encontraron encima.
- ▶ Me extraña -dijo el comisario- que haya esperado tanto para preguntarme eso.

Que de todas maneras se lo estaba preguntando.

- ▶ Como si usted -dijo el comisario subiendo de color y envenenándose de a poco- no hubiera conseguido lo que pidió durante años. Que esa era otra cuestión y que, mierda, no le alzara la voz. El comisario se aguantó firme, casi heroico, frente al crecimiento de la justicia y de la cólera.
- ▶ Aquella oveja era mía.
- ▶ Carajo -murmuró Tolosa-. ¡Carajo! -gritó.

El Juez:

- ▶ Qué lástima, doctor. Ayer dicté sentencia. El objeto: de la presente carta es en saludarlo y en decirle que el Juez: me fayo 6. años. Lo que me tenia molesto es los hijos e hijas que esperavan el fayo del Juez: sali papito: con eso los vienes a vuscar; yo no les mando decir nada porque van á llorar á gritos. Pero lo que mas ciento mis 400. pesos al Abogado: David Bor-denave. no me presento ni Defensa para fayo de Juez: hagarro los 400 pesos y se quedo chato" igual como si le uviese dado una torta de á diez: vamos haber ahora para fayo de las Cámaras: mañana le escribo que no vaya hacer el mismo papelón. La familia esta bien están colocadas las tres: la mujer: y las hijas mayores: ganan 30. pesos por mes cada. una. Nélica, con Doña: Victoria. Y la Lidia, con la señora: del Doctor. Tolosa, cuanta alegría; para mis hijas y para mi mucho más. Los 6. años: me hacen efecto: ando fatal de nervioso. Los otros sevan y yo quedo solo, les digo ando loco: Amelchor. Romero: Mi hermano Fernando, les ha escritora los Velloso, que son de los Ejércitos, y yo creo que van avenir: los Ejércitos, no me van á dejar estropiado: con 6. años: enfin que sea loque Dios: quiera: habré nacido para sufrir á la vejes: en hadelante queda por estar tras la reja: tenga suerte: reciva ustedlos mejores aprecios á sus ordenes, actte
- ▶ Por la derecha, m hija -murmuró Felisa. Estela trataba de captar la mirada de Lidia detrás del vapor de la sopera, pero Lidia la esquivaba, tal vez para no soltar la risa.

- ▶ Pobre -comentó después Felisa-. Está un poco abatada, el primer día.
- ▶ Con tal que dure -dijo Tolosa. Apenas terminado el postre, Estela fue a su cuarto. Detrás de la ventana abierta sentía los últimos hálitos del verano. Soplaba el viento, caían hojas, ladraba un perro. Cuando se apagaron las luces de la casa, salió en puntas de pie a la galería blanca por la luna. Lidia no se movió al oír la entrar en su pieza. Se metió en su cama y lloraron abrazadas. En medio de todas las desgracias había una suerte: ahora estaban juntas y no se separarían nunca, nunca.

Pero si alguno pregunta como vino Moussompes á la Cárcel no encuentra a nadie que tenga la culpa. Y la ravia mas grande que todos los ladrones mas grandes están sueltos y la gente acá en la Cárcel pobre que da miedo. Las familias con los hijos claman pero no ahí caso ahí que ver las cartas que manda de afuera la pobreza. El que no cae es el que tiene plata ese es el mejor Juez y Abogado: pero ya les vá a yegar va á venir la igualdad sin pedirla la avundancia de todas las vacas al suelo. Y yo voy á venir. Desperbasques á comprar hacienda á su feria: yo no pienso morir nunca yo pienso volver con los Ejércitos cuando no haya una mata de pasto porque haora estoy del lado de los Ejércitos: entonces van hacer las deapeso no va haber compasión. Tengo acistente, la gente muy pobre, y ya no puedo ver mas lastimas que las mias.

## Los oficios terrestres

En la más temprana y cenicienta luz del mes de junio, después de la misa y la escuálida ceremonia del café con leche tibio en el tazón de lata que mantenía con vida al pueblo todas las mañanas, el cajón de la basura se alzaba tan alto, poderoso y pleno en la leñera, detrás de la cocina y frente al campo, que el pequeño Dashwood empezó a bailotear y patear el suelo e incluso las tablas del cajón en un ataque torrencial de furia mientras gritaba "Me cago en mi madre", cosa que al fin multiplicó su dolor, cólera y vergüenza, porque amaba a su madre por encima de todas las cosas y la extrañaba cada, cada noche cuando se acostaba entre las sábanas heladas oyendo lejanos trenes que volvían a su casa y lo partían en dos, una mano acariciante y un lloroso cuerpo defraudado. Pero el Gato meramente ladeó la boca, prendió un pucho y apoyó el largo cuerpo contra la pared, vigilán-dolo con una ambigua sonrisa que resbaló sobre el pequeño Dashwood como un pincel pintándolo amarillo de burla y desprecio y desquite largamente postergado.

Era el día siguiente al de Corpus Christi, el año 1939, cuando como es sabido el sol se alzó sin obstáculos ni interrupciones a partir de las 6.59, cosa que ellos no vieron, ni les importaba, ni resultaba creíble, porque esa luz enferma yacía desparramada sobre los campos en jirones lechosos o flotaba entre los árboles en espectros y penitentes de niebla.

En amaneceres más claros, un horizonte de vascos lecheros, negros, ágiles y vociferantes detrás de las grandes vacas y su aterida cría, se recortaba contra el cielo en los fondos del campo que la caritativa Sociedad de Damas de San José nunca se resignaba a vender -aunque cada año recibía una oferta más ventajosa- porque en su centro se alzaba alto y desnudo el edificio que ellas mismas construyeron en los años diez para colegio de pupilos descendientes de irlandeses.

La caritativa Sociedad nos amaba, un poco abstractamente es cierto, pero eso es porque nosotros éramos muchos, indiferenciados y grises, nuestros padres anónimos y dispersos, y en fin, porque nadie sino ella pagaba por nosotros. Pero el amor existió, y de ahí que las Damas en persona vinieran a celebrar con nosotros el día del Cuerpo de Cristo, trayendo consigo al auténtico obispo Usher, que era un hombre santo, gordo y violeta, y ojalá siga siéndolo si no fue sometido contra su voluntad a una de esas raras calamidades que ocurren justamente a cada muerte de un obispo.

El obispo Usher celebró los oficios divinos y después gozamos un día de afecto casi personal con las Damas, que se desparramaron por el edificio como una banda de cotorras alegres y parlanchinas, queriendo ver todo al mismo tiempo, acariciando tiernamente la cabeza más pelirroja o más rubia y haciendo preguntas extrañas, verbigracia quién construyó el palacio de Emania en qué siglo y qué le ocurrió finalmente a Brian Boru por rezar de espaldas al combate. Curiosidad que originó ese pintoresco pareado de MullaKy, que conocía las reglas del arte poética:

Oh Brian Boru I shit on you!

Pero éstas eran preguntas que sólo el padre Ham podía responder, y no respondió, mientras se ponía cada vez más colorado y sus ojos perforaban su propia máscara de sonriente compromiso, disparando sobre nosotros una oscura promesa de justicia que, vendría apenas las Damas dejaran de ser tan encantadoramente tontas y entrometidas, es decir mañana, queridos, hijos míos. Aquellas piadosas señoras, sin embargo, no tomaron nuestra ignorancia a mal, sino como excusable condición de nuestra tierna edad. Y apenas el padre Ham restableció su prestigio demostrando que alguno de nosotros podía sumar quebrados en el pizarrón, ellas recordaron que la fiesta era de guardar, y declarándose enteramente satisfechas de nuestra educación, propusieron suspender la clase, a lo que el padre Ham accedió en seguida aunque sin apagar los fuegos de la mirada: esa pequeña peste de fastidio puesta en cada ojo. Salimos, pues, vestidos de azul dominical, al patio de piedra cuyos muros crecían altos hacia el cielo, y jugamos al ainenti y la bolita bajo la mirada cariñosa de las Damas hasta que llegó la hora del almuerzo y entramos en fila al comedor donde dimos gracias al Señor por éstos tus dones y nos sentamos a las mesas de mármol. Allí ocurrió el milagro.

El primero que entró encabezando el equipo de seis que servía las mesas fue Dolan, con una bandeja de asado tan enorme que apenas podía sostenerla, y detrás de él vinieron los otros con nuevas bandejas de asado y montañas de ensalada de porotos, y ya Dolan sacerdote de hecatombes regresaba más cargado que antes con los brazos más abiertos como dibujando un himno de victoria.

Nos refregábamos los ojos. Allí había comida para mantenernos con vida una semana, según los criterios comunes. De modo que empezamos a comer y comer y comer e incluso el celador que llamábamos la Morsa traicionó en la cara un trasluz de escondido jolgorio mientras nos miraba hundir los dientes en la carne que chorreaba su tibia grasa dorada sobre cada extática sonrisa. Transfigurábamos la memoria del hambre, besábamos la tierra en la tierra harina de cada lúmula blanca, cada transparencia de lechuga, cada fibra memorable a sangre. Pero después, hilera tras hilera de botellas de limonda se asentaron en las mesas, y cuando ocurrió esa cosa extraordinaria, ni siquiera la presencia temible de la Morsa pudo impedir una espontánea demostración del pueblo que se alzó en una ola repentina desde las mesas blancas, aclamando a las queridas Damas, y arriba cada brazo, y abajo, y arriba nuevamente aclamando a la querida Sociedad, y nuevamente

abajo, arriba, aclamando a la Morsa propiamente dicha, las voces concertadas sonando como el trueno el viento o las rompientes en su libre admisión de felicidad y de justicia sentida en las entrañas. Y la Morsa tragó saliva y abrió la boca como si fuera a decir algo, mostrando así los dos enormes dientes por los cuales era mal nombrado, presa esquiva de la contradicción, aclamado a través de la injuria.

En ese momento, afortunadamente para todos, la gran forma violeta del obispo Usher llenó la puerta, seguida por la forma esquelética nudosa increíblemente alta del padre Fagan, el rector, a quien apodábamos Techo de Paja por el pelo albino que peinaba simétrica-mente los costados sobre su larga cara de caballo. Y cuando todos volvieron a sentarse y reinó el silencio, el obispo dio un paso al frente y cruzando las manos anilladas y manicuradas sobre el vasto vientre,

- ▶ Bueno, muchachos -dijo-, me alegra comprobar que tienen estómagos tan capaces, y solamente espero que no sea necesario usar la sal inglesa que guardamos en la enfermería, detonando una enorme explosión de risa
- ▶ cosa que sería de mal gusto, renovada en círculos de incontrolable camaradería, espasmódicos movimientos de pura alegría física que arrancaron lágrimas a los ojos de los más emocionados.
- ▶ Sin mencionar su dudoso patriotismo.

Y ahora el pueblo entero volvió a alzarse en un solo impulso de amor y de adhesión, aclamando para siempre al querido obispo Usher, que lentamente alzó la regordeta y anillada mano pidiendo a todos que volvieran a sentarse, y componiendo lentamente los rasgos de la cara como si fuese una prenda de vestir donde cada pliegue debe estar en su lugar, que era ya el lugar del orden y de un poco de silencio, por favor.

- ▶ Mucho me alegra -dijo- comprobar el magnífico aseo, limpieza y esmero que reinan en este colegio. Aquí vuestro rector me dice que todo es obra de ustedes, que ustedes limpian y lavan y secan y lustran y barren y cepillan los zapatos y hacen las camas y sirven las mesas. Así es como debe ser, porque ninguno de nosotros nació en cuna de seda, y cada hombre honrado debe aprender sus oficios terrestres, y cuanto antes mejor, para ser independiente en la vida y ganarse el pan que lleva a la boca, como nosotros mismos debemos ganarlo, el padre Fagan y yo que les hablo celebrando los oficios divinos y cuidando de vuestros cuerpos y de vuestras buenas almas. Trabajando y estudiando como ustedes hacen, y no olvidando el respeto y devoción debidos a Nuestro Señor, serán buenos ciudadanos y dignos hijos de vuestra raza, vuestro país y vuestra Iglesia.

Dicho lo cual viró con la majestad de un viejo galeón y se fue viento en popa, pero aun antes que se extinguiera el eco de los últimos aplausos, el pueblo lanzó un asalto general contra los restos del asado, envolviéndolos en pañuelos o pedazos de papel e incluso en los bolsillos desnudos arruinando más de un traje dominguero -lo que venía a ser un comentario o pronóstico sobre la escasez de los días futuros- hasta que la Morsa reprimió a los más recalcitrantes con un par de bofetadas. Pero aun este episodio fue olvidado cuando entraron los secuaces de Dolan con cestas de naranjas y bananas amarillas delicadamente matizadas de violeta y dulcemente perfumadas! Por la tarde, tras el forzado descanso que el festín impuso, hubo un partido de fútbol en que los dos equipos batallaron fieramente por quedar grabados en el corazón de las Damas, especialmente Gunning, que treinta años más tarde sigue figurando en zonas de la antigua memoria, recortado en

oro a la luz de un sol largamente ido, en ese momento único de la chilena que dio a su equipo un aullante triunfo: las piernas en el aire, la cabeza casi rozando el suelo, el botín izquierdo disparando hacia atrás aquel tiro tremendo que entró silbando entre los postes enemigos.

Pero aun mientras esta gloriosa fiesta progresaba, tristeza caía del aire, porque sabíamos que el tiempo se acortaba y que las queridas Damas se irían antes del anochecer, dejándonos de nuevo desmadrados y grises, superfluos y promiscuos, bajo la norma de hierro y la mano de hierro. Así ocurrió, y las miramos irse desde las ventanas de los estudios y los dormitorios, saltando sobre el césped verde como pájaros multicolores, agitando las manos y tirando besos entre las oscuras araucarias del parque. ¡Maravillosas Damas! Alguna de ellas, tal vez, era hermosa y joven, y su imagen solitaria presidió esa noche encendidas ceremonias de oculta adoración en la penumbra de las frazadas, y así fue amada sin saberlo, como tantas, como tantos. Ese efluvio de amor que subía de las camas en movimiento llenó el enorme dormitorio, junto -es cierto- con el acre olor que evocaba las montañas de porotos y sus recónditas transformaciones, enloqueciendo de tal manera al celador O Durnin que abandonó su lecho enmurallado de sábanas y empezó a rugir, correr y patear, arrancando a los presuntos culpables de su ensimismamiento, acaso del sueño, y batallando por así decir con una invencible nube espiritual.

Los últimos en dormirse oyeron acercarse la lluvia que caminaba sobre las arboledas, sintieron tal vez el olor a tierra mojada, vieron los vidrios encenderse de relámpagos y gotas. Pero ya el grueso del pueblo descansaba, parapetado contra el amenazante amanecer.

Y ahora el Gato, apoyado en la pared de la leñera, fumaba con una sonrisa de desdén mientras el pequeño Dashwood saltaba y maldecía el cajón de la basura, que debía llevar por primera vez y que nunca había estado tan lleno con los restos de la fiesta: huesos pelados y porotos blanquecinos, compactos bloques de sémola que nadie comió en la cena, colgantes cascara de naranjas y bananas y, coronándolo todo como un insulto, un botín de fútbol con la suela abierta, lengua flanqueada por dientes de hierro. Dashwood mentalmente pesó todo esto contra la invasora, angustiada certeza de que nunca, nunca podrían llevar la enorme carga al basural que estaba, tal vez, a quinientas yardas de distancia, tras los empapados campos, caminos y distante hilera de cipreses. Pero entonces el Gato tiró el pucho, lo aplastó y mirando a Dashwood desde los amarillos ojos entornados al acecho,

► Vamos, pibe -dijo, agarrando el lado de la izquierda y tomando con la derecha la dura manija de cuero. Dashwood estaba gordo. Su último oficio terrestre había consistido en servir durante un mes la mesa de los maestros, que era una mesa poblada y diferente donde pudo -a costa de perder el fútbol después del almuerzo y el recreo después de la cena- devorar monumentales guisos, conocer exóticas salsas y hasta embriagarse a medias con largos y furtivos tragos de vino, sin contar los panes untados de manteca y de azúcar que guardaba en los bolsillos y que a veces, harto, cambiaba por bolitas o pinturas. De ahí que sus ojos verdes, líquidos, desaparecieran casi en la hermosa cara hinchada, y que los tres pulóveres bajo el guardapolvo le dieran el aspecto final de una pelota gris con pelo rubio. El Gato, en cambio, seguía tan flaco, alto y elusivo como la tarde en que llegó al Colegio, pero un poco más saludable, astuto y seguro de sí mismo, como si hubiera descubierto las reglas fundamentales que gobernaban la vida de la gente y aprendido a extraerles una sombría satisfacción. Tiró el Gato de su manija y Dashwood de la suya, y mientras el cajón se alzaba lentamente, sintió el chico en cada hueso y tejido e incluso en la fugitiva memoria de pasadas dificultades, lo pesado que realmente era, cómo tiraba hacia abajo con el peso de la tierra o del

pecado, de cualquier cosa que quisiera degradarlo y humillarlo. Se mordió el labio y no habló y salieron al campo y la mañana con el cajón torcido, una punta rozando el suelo porque el Gato era cinco pulgadas más alto y seguía creciendo mientras Dashwood arqueaba el cuerpo con pasos de cangrejo, hasta que el otro dijo:

▶ ¡Eh, más arriba!, dando a su manija un sacudón maligno que volcó un bloque de sémola sobre el botín del chico, quien ya gritaba:

▶ ¿Qué haces, boludo? y el Gato volvió a sonreír, mostrando sus dientes, una sonrisa abominable en la cara sembrada de astucia. Y ahora Dashwood sintió desgarrarse lentamente, como una tela podrida, la piel de los dedos atacados de sabañones que ni el agua caliente en la enfermería ni el jugo de cascara de mandarina en los rituales secretos de la comunidad habían podido curar. No quiso mirarse, temeroso de ver el líquido amarillento con, tal vez, un toque de sangre, que rezumaría de la piel.

Dejaron atrás y a la izquierda el tanque de agua, atrás y a la derecha la cancha de paleta y llegaron al primer camino de tierra que Dashwood aprovechó para descansar la carga y observar la mano dolorida donde sólo vio entre dos nudillos un breve corte rojo y seco como mica. Pensó que podrían cambiar de lado, pero al cotejar las treinta yardas que habían recorrido con la extensión de campo nebuloso que los separaba de la meta, desistió. El Gato lo miraba como si fuera un montoncito de bosta.

▶ ¿Esperamos a alguien? -dijo.

Cosa que Dashwood negó, encogiéndose de hombros mientras reanudaban la carga y la marcha, internándose en el campo pelado de hurling contiguo a la huerta donde otro grupo de chicos cavaban y sembraban papas, las manos negras de barro y las caras violetas de frío, riendo y bromeando sin embargo, sus gritos ahogados y opacos en el aire opaco. Y cuando estuvieron más cerca, vieron a Mulligan que parecía esperarlos, los brazos en jarras, un gesto indescifrado en la cara picada de viruelas, mientras los miembros del grupo descansaban apoyados en sus palas y una expectativa irónica crecía a su alrededor como en la víspera o la necesidad de una renovada confrontación entre el viejo orden que era Mulligan y el abominable intruso que llamaban el Gato, castigado pero indómito desde su memorable arribo al Colegio.

▶ Eh, Gato -dijo Mulligan-. Eh.

El Gato siguió caminando, llevando con soltura su lado del cajón, con apenas un movimiento lateral del ojo, de la boca o de ambos, una oculta tensión del largo cuerpo.

▶ Toma una cosa -dijo Mulligan, que sobrenadaba ahora en el secreto regocijo de los demás, en sus risas sofocadas-.

▶ Eh, Gato.

Y de golpe había en su mano una papa grande y terrosa, que de golpe estaba hendiendo el aire en dirección al Gato que meramente se esquivó en un movimiento tan fácil y natural y breve o simple que apenas pareció moverse mientras la papa silbaba a su lado y se estrellaba en la cara de

Dashwood:

Quien ahora maldecía con todas sus fuerzas y tomando el botín de fútbol corrió en pos de Mulligan sin esperanzas de alcanzarlo entre las risas y gritos de chacota de todos mientras Mulligan con las manos en las orejas fingía una liebre asustada, hasta que al fin se cansó y enfrentándolo abiertamente grande y poderoso, dijo:

► Bueno, tira.

Dashwood tiró en un gesto fútil y exhausto, erró el cercano blanco por más de dos yardas, y no le quedó otra cosa que volver, jadeando y renegando, al cajón de la basura donde el Gato no se había movido ni reído, ni dicho una palabra, indiferente y gris en la mañana indiferente y gris.

Y ahora, mientras caminaba, el chico sentía un conti nuo manantial de compasión que surgía en su interior como agua tibia, curando cada dolor y secreta herida inscriptos en el tiempo que podía recordar, y de algún modo igualándolos a todos, los sabañones de las manos y la muerte de su padre, y cada cosa que perdió y cada ofensa y cada despedida mezclándose en el futuro con la total soledad y tristeza de su muerte, que sería la cosa más triste de todas, al menos para él. Y el Gato mirando de soslayo notó que el chico lloraba despacito o que, sencillamente, lágrimas iban resbalando por su cara a juntarse con el flujo de la nariz y el aliento brillante de la boca: cosa fea de ver esa hermosa cara hinchada y sucia con el chichón de la frente cada vez más grande y azulado. Pero el Gato no dijo nada porque atesoraba en su corazón la memoria de aquella noche en que fue perseguido casi hasta la muerte, y el pequeño Dashwood era uno de ellos. Así vendrían todos a caer, incluso Mulligan, que empezaba a tenerle miedo a pesar de sus bravatas. La idea alegró tanto el corazón del Gato, que en un brusco arranque de exultación marcial y anticipo del futuro comenzó a silbar la marcha de San Lorenzo.

Tras los muros del histórico colegio, Scally y Ross habían encontrado la única línea recta en que cabían cincuenta cabeceras de camas, Murtagh sonreía como un mono a su propia cara que realizada a fulgores de moneda le sonreía desde las profundidades de un bronce lustrado hasta la demencia, y Collins aplicaba una sopapa de goma a un reticente agujero de letrina, meditando en cómo su oficio se vería perjudicado durante muchos días por los severos corolarios del banquete.

En el pequeño Dashwood, el esfuerzo de la carga y de la marcha había re flotado sobre la tristeza metafísica con la fuerza de la insumergible actualidad. Una y otra vez pretendió cambiar la mano de posición en torno a la manija de cuero, no sentirla como un alambre que le cortaba la piel y la carne y le llegaba hasta el hueso. Cuando lo asaltó esta idea intolerable, se paró, abandonó un momento el cajón y se miró: la palma no estaba cortada, pero los nudillos sangraban en una forma tonta y acuosa que no era verdadera sangre, sino algo enfermizo, espectral. Fue entonces que propuso formalmente cambiar de lado, y el Gato se negó con un movimiento de cabeza.

► ¡Pero no doy más!

► Joderse -repuso estoicamente el Gato.

De modo que Dashwood buscó un pañuelo en sus bolsillos, y envolviéndose la mano con él tornó a alzar el cajón, sintiendo que al próximo paso no podría resistir el dolor desgarrante en el hombro, el

estiramiento de los huesos mismos del brazo. Pero aguantó. Lágrimas y mocos se habían secado en su cara endureciéndole la piel. Caminaba en una especie de vigorosa ensoñación, mirando los manchones de niebla que surgían y se disipaban alrededor de sus botines Patria, sintiendo el pasto mojado, blando, susurrante que se hundía bajo las suela y recuperaba despacio su arrastrada íorniu. aína:... deseándola y peleando por ella aun bajo el peso ue repentina catástrofe, como él mismo era capaz de hacer, estaba haciendo.

Alamos desfilaban a la derecha, desnudos, flacos y tristes, y Dashwood los veía pasar en la esquina del ojo, pero aún miraba el suelo, las rociadas estrellas de las ortigas, las absurdas florcitas de los macachines, las espirales de la bosta de vaca y los caminos de las hormigas, prolijos y nítidos en el pasto diezmado por las heladas. El aire se volvió dulce cuando atravesaron un trecho de yerbabuena, y de golpe fue verano en su memoria, se bañaba desnudo en el río con los chicos del verano, y la voz de su madre lo llamaba musicalmente en el crepúsculo:

- ▶ ¡Horaaacio!
- ▶ Ya voy -dijo.
- ▶ ¿Qué? -gruñó el Gato.

En el patio el niño Mullins, armado de un largo espetón de hierro, pinchaba el último papelito del último charco en las lajas de pizarra que ahora brillaban lisas bruñidas y listas para recibir a los obreros que hubieran concluido sus tareas del día. El padre Keven se paseaba por el claustro, contemplando el edificio, gozando de su limpieza y la limpieza de su mente a esa temprana hora, cuando su úlcera estaba tranquila después del reposo nocturno, meditando en la ascética belleza de cada piedra gris empinada en cada piedra gris hasta confundirse con el cielo de peltre. Después oyó al celador KIELTY tocar las primeras campanas, y los dignos trabajadores que habían sido lo bastante rápidos, pero también lo bastante eficientes, se volcaron al patio y recrearon los rituales de la apuesta y el desafío, de la prepotencia y la hostil amistad, de la charla absurda y la prestidigitación milagrosa: flamantes hallazgos en los espíritus individuales, viejos sedimentos en el viejo corazón del pueblo. En quince minutos más, empezaría las clases. Llegaron al segundo camino de tierra, habían andado la mitad de la distancia al basural que se divisaba como una lengua marrón detrás de los cipreses, y ahora el Gato mismo pareció sentir el esfuerzo porque apoyó el cajón y se quedó en actitud de reflexionar. Unas cien yardas a la izquierda, corría perpendicularmente otro camino. Y enfrente, un rastrojo de maíz que podían cruzar en línea recta.

- ▶ Por aquí -decretó el Gato señalando el rastrojo. El chico vio instantáneamente lo absurdo que sería caminar entre los tallos secos del maizal que se erguían duros, vidriosos y amarillos en sus túmulos de tierra entre los empapados surcos, pero el Gato parecía tan seguro de sí mismo, tan concentrado, la mirada de sus ojos volando casi como un halcón, tendiendo un puente entre ellos y su meta detrás de los cipreses, que no tuvo ánimos ni fuerza para oponerse ni lo hizo salvo en una forma oblicua, empujando despacio hacia la izquierda desde su primer paso, en la vana esperanza de que finalmente llegarían al camino. Y esto el Gato lo entendió, previno, mediante un solo significativo empujón hacia el lado opuesto.

Los tallos y las chalas crepitaban bajo sus pies, el suelo escupía chisguetes de barro y una o dos hojas sueltas latiguearon a Dashwood debajo de las rodillas. Tropezó una vez, luego otra, después



ese andar a los tumbos se volvió tan metódico que parecía su forma corriente de moverse, hasta que cayó de cabeza en una zanja y cuando se levantó ciego de barro y de furia, simplemente se lanzó sobre el Gato y empezó a aporrearlo, sin llegar jamás a su alta cara aborrecible, a través del muro de sus brazos, a tocar cosa alguna que no devolviera el golpe con triplicada fuerza, hasta que salió patinando y despedido como un cachorro de las patas de una muía. Cuando reanudaron la marcha, sin embargo, el Gato tomó el lado de la derecha y enfilaron oblicuamente hacia el camino de tierra. Los quince minutos de recreo habían terminado.

La sabiduría esquiva y trabajosa aguardaba a los ciento treinta irlandeses en los bancos de madera. El celador KIELTY, de quien se murmuraba en secreto que enloquecía poco a poco, vio a los maestros parados en los arcos de los claustros, frente a sus aulas. Su pelo rojo brillaba y su bigote rojo brillaba, y un fuego incesante ardía furiosamente en su cerebro. Pero su única Misión, a esa hora, consistía en tocar la campana por segunda y última vez.

Los chicos corrieron a las filas. El Gato faltaba de sexto grado, y Dashwood de cuarto, aunque eso estaba por descubrirse todavía. Dashwood creyó oír el tañido lejano que llegaba en el aire dulzón, habiéndole con tibia voz humana que sólo él conocía, y una vez más respondió:

- ▶ Voy, terminando de irritar y de asustar al Gato, que ya dijo:
- ▶ Acabala, querés, pero al pequeño Dashwood el Gato había dejado de importarle.

En el último alambrado había una gran telaraña con centenares de gotitas y en el brillo de cada una cabían las arboledas, el campo, el mundo. El Gato la pateó en el centro, el agua cayó en breve chubasco sobre el pasto, y la araña gris trepaba hacia la nada en un hilo invisible. Pasaron entre dos cipreses: el basural estaba a la vista, su indiferente escoria, su pacífica ignominia. Pisaron las primeras botellas y latas enterradas, papeles amarillos y recuerdos de comida terrestre vuelta a la tierra, y mientras vaciaban el cajón de la basura, oblicuo, poderoso y lleno, algo se vaciaba también en el corazón de los chicos, influyendo lentamente, chorreando en sordo gorgoteo.

Y cuando eso estuvo hecho, el pequeño Dashwood no miró siquiera al Gato sino que empezó a alejarse de él y del basural y del colegio. Sin prisa caminaba entre los tardíos visitantes de la niebla que un viento repentino disipaba a su alrededor, dejando atrás las apacibles vacas, hacia una franja de cielo que se iba volviendo azul en la distancia. Ignoraba dónde estaba, no conocía los puntos cardinales, no había ningún camino a la vista, pero sabía que se estaba yendo para siempre.

El Gato encendió un pucho, metió las manos en los bolsillos y desde lo alto de la pila de basura contempló al chico que se iba, volviéndose más chico todavía.

- ▶ Eh, dijo.

Dashwood no se volvió, y el Gato dio unas pitadas más mientras una mueca fea, envejecida,, se formaba en su cara.

- ▶ ¡Eh, idiota!

Pero el pequeño Dashwood balbuceaba una canción que nadie le enseñó y caminaba hacia su

madre.

El Gato saltó tras él, y en pocos segundos lo alcanzó, lo tomó del brazo, lo obligó a darse vuelta.

El fugitivo lo miró sin miedo.

► Déjame tranquilo -dijo.

Entonces el Gato hizo algo que no quería hacer. Metió la mano en el bolsillo, sacó un pañuelo y empezó a desatar el nudo que guardaba su única fortuna: tres monedas de veinte centavos. Y mientras desataba el nudo, sintió que estaba desatando en su interior algo que no entendía, acaso turbio, acaso sucio. Se guardó una de las monedas, dio las otras dos al chico que las tomó y siguió su camino sin darle las gracias.

Y después el Gato, el sobreviviente, el indeseado, refractario, indeseante, volvió al cajón vacío, lo tomó y cargó al hombro y emprendió el regreso, ajustando la expresión de su cara al gesto del edificio alto, desnudo y sombrío que lo estaba esperando.

## Nota al pie

In Memoriam Alfredo de León

Sin duda León ha querido que Otero viniera a verlo, desnudo y muerto bajo esa sábana, y por eso escribió su nombre en el sobre y metió dentro del sobre la carta que tal vez explica todo. Otero ha venido y mira en silencio el óvalo de la cara tapada como una tonta adivinanza, pero aún no abre la carta porque quiere imaginar la versión que el muerto le daría si pudiera sentarse frente a él, en su escritorio, y hablar como hablaron tantas veces.

Un sosiego de tristeza purifica la cara del hombre alto y canoso que no quiere quedarse, no quiere irse, no quiere admitir que se siente traicionado. Pero eso es exactamente lo que siente. Porque de golpe le parece que no se hubieran conocido, que no hubiera hecho nada por León, que no hubiera sido, como ambos admitieron tantas veces, una especie de padre, para qué decir un amigo. De todas maneras ha venido, y es él, y no otro, el que dice:

► Quien iba a decir, y escucha la voz de la señora Berta que lo mira con sus ojos celestes y secos en la cara ancha sin sexo ni memoria ni impaciencia, murmurando que ya viene el comisario, y por qué no abre la carta. Pero no la abre aunque imagina su tono general de lúgubre disculpa, su primera frase de adiós y de lamento.

Y crusa las manos y reza en voz baja, sin llorar ni siquiera sufrir, salvo de esa manera general y abstracta en que tantas cosas la apenan: el paso del tiempo, la humedad en las paredes, los agujeros en las sábanas y las superfluas costumbres que hacen su vida.

Hay un rectángulo de sol y de ropa tendida en el patio, bajo la perspectiva de pisos con barandas de chapas de fierro donde emerge como un chiste ün plumero moviéndose solo en una nubecita de

polvo, un turbante sin dueña desfila, y un viejo se asoma, y mira y escupe.

Otero ve todo esto en una instantánea, pero es otra la imagen que quiere formarse en su mente: la elusiva cara, el carácter del hombre que durante más de diez años trabajó para él y la Casa. Porque nadie puede vivir con los muertos, es preciso matarlos adentro de uno, reducirlos a imagen inocua, para siempre segura en la neutra memoria. Un resorte se mueve, una cortina se cierra, y ya hemos pasado sobre ellos juicio y sentencia, y una suave untura de olvido y perdón. La vieja parece que acuna el espacio vacío que miden sus manos.

► Siempre pagaba puntual,

El resto no ofrece dificultades y espero que la (Jasa encuentre quien lo haga. Infortunadamente, he tenido que pasar por encima de sus últimas reconvenciones.

Es que no ganan con eso una ínfima parte de lo que ambos hubieran ganado conversando, y tiene de pronto la oscura sensación de que todo viene dirigido contra él, que la vida de León en los últimos tiempos tendía a convertirlo en testigo perplejo de su muerte. ¿Por qué, León? No es un placer estar ahí sentado, en esta pieza que no conocía, junto a la ventana que filtra una luz ultrajada y polvorienta sobre la mesa de trabajo donde reconoce la última novela de Ballard, el diccionario de Cuyas editado por Appleton, la media hoja manuscrita en que una sílaba final tiembla y enloquece hasta estallar en un manchón de tinta. Sin duda León ha creído que con eso ya cumplía, y ciertamente el hombre canoso y triste que lo mira no viene a reprocharle el trabajo interrumpido ni a pensar en quién ha de continuarlo. Vine, León, a aceptar la idea de su muerte inesperada y a ponerlo en paz con mi conciencia. De golpe el otro se ha vuelto misterioso para él, como él se ha vuelto misterioso para el otro, y tiene su punta de ironía que ignore hasta la forma que eligió para matarse.

► Veneno -responde la vieja, que sigue tan quieta en su asiento, envuelta en sus lanas grises y negras.

Casa me encargó. Encontrará usted el original sobre la mesa, y las ciento treinta páginas ya traducidas. Y el recuerdo del muerto emerge en magras anécdotas: lo mal que comía y el ruido que hacía de noche escribiendo, y cómo después se enfermó, se vino triste y huraño, y ya no quiso salir de su pieza.

► Después se volvió loco.

Otero casi sonríe al oír la palabra. Resultaba fácil ahora decir que León acabó en la locura, y el sumario tal vez lo diría. Pero nadie iba a saber contra qué enloqueció, aunque sus rarezas estuvieran a la vista de todos. Así, en los últimos meses, se empecinaba en escribir a mano arguyendo vagos contratiempos con su máquina, y él se lo permitió a pesar de las protestas de la imprenta, como dejó pasar otras cosas porque sentía que no iban dirigidas contra él, que eran parte de la lucha del suicida con algo indescifrable.

En algún cajón de su escritorio ha de estar todavía esa carilla suelta que apareció intercalada en el último trabajo de León. No tenía más que una palabra -mierda-repetida desde el principio hasta el fin con letra de sonámbulo.

La mujer averigua quién va a pagar los gastos de entierro, y el hombre contesta:

► La Casa.

No pude rescatar la máquina de escribir y ese texto, como el anterior, le llegará manuscrito. Hice la letra lo más clara posible, y espero que no se irrite demasiado conmigo, considerando las circunstancias que debe de ser la empresa en que León trabajaba. Ya con esto aclarado, se siente más libre y se lleva un pañuelo a los ojos y enjuga un hilo escaso de llanto, en parte por León, que al fin era pobre y no molestaba, y en parte por ella, por todas las cosas que en ella se han muerto, en tantos años de soledad y de duro trabajo entre hombres mezquinos y ásperos.

La mirada de Otero vaga entre palmeras grises de un enorme oasis donde beben los camellos. Pero es una sola palmera, repetida hasta el infinito en el empapelado, un solo camello, un solo charquito, y el rostro del muerto se embosca en los arcos del ramaje, lo mira con el ojo sediento del animal, se disuelve por fin dejándole el resabio de un guiño, el resquemor de una burla. Otero sacude la cabeza en su necesidad de no ser distraído, de recuperar la verdadera cara de León, su boca enorme, sus ojos, ¿negros?, mientras oye en el hall la voz del oficial que llama por teléfono y dice "Juzgado", y cuelga, y disca e inquiera, "¿Juzgado?", y cuelga, y se pasea con las manos a la espalda, entre lúgubres percheros y macetas de bronce.

¿Recuerda usted la sinusitis que tuve hace dos meses? Parecía una cosa de nada, pero al final los dolores no me dejaban dormir. Tuve que llamar al médico, y así se me fueron, entre remedios y tratamientos, los pocos pesos que me quedaban.

Tal vez el gesto de León quiso decir que su vida era dura, y no es fácil desmentirlo viendo las paredes de su pieza sin un cuadro, el traje de franela de invierno y verano colgado en el espejo del ropero, los hombres en camiseta que esperan su turno en la puerta del baño.

Pero de quién no es dura la vida, y quién sino él eligió esa fealdad que nada explicaba y que probablemente él no veía.

Quizá no sea el momento de pensar estas cosas, .pero qué excusa se daría si en presencia de la muerte no fuese tan sincero como siempre ha sido. ¿Lo fue el suicida con él? Otero sospecha que no. Ya desde el principio detectó bajo su apariencia de jovialidad esa veta de melancolía que apuntaba como el rasgo esencial de su carácter. Hablaba mucho y se reía demasiado, pero era una risa agria, una alegría echada a perder, y Otero a menudo se preguntó si muy subterráneamente, inadvertido incluso para León, no había en todo eso un dejo de burla perversa, una sutil complacencia en la desgracia.

► No tenía amigos -dice la vieja-. Eso cansa.

Por eso empeñé la máquina. Creo que ya se lo conté pero en los doce años que llevo trabajando para la Casa a mutua satisfacción siempre traté de cumplir, con las salvedades que haré más adelante. Este trabajo es el primero que dejo inconcluso, quiero decir inacabado. Lo siento mucho pero ya no puedo más.

El visitante ya no la escucha. ySe interna en caminos de antigua memoria, buscando la imagen perdida de León. Y lo encuentra siempre encorvado, menudo, con ese aire de pájaro, picoteando palabras en largas carillas, maldiciendo correctores, refutando academias, inventando gramáticas. Pero es todavía una cara sonriente, la cara del tiempo en que amaba su oficio.

Hacía falta alguna perspicacia para adivinar un potencial traductor en aquel muchacho salido de una estación de servicio, ¿o era un taller mecánico?, con su castellano pasable y su inglés empeñoso averiguado por carta. Descubrió poco a poco que traducir era asunto distinto que conocer dos idiomas: un tercer dominio, una instancia nueva. Y después el secreto más duro de todos, la verdadera cifra del arte: borrar su personalidad, pasar inadvertido, escribir como otro y que nadie lo note.

► No entres -dice la vieja.

Otero se para, recibe el pocilio que le tiende la chica\* y se sienta, y toma el café.

Gento treinta carillas a cien pesos la carilla, son trece mil pesos. ¿Sería usted tan amable de entregarlos a la Señora Berta? Diez mil pesos cubren mi pensión hasta fin de mes. Temo que el resto no alcance para los gastos que han de originarse. Tal vez rescatando la máquina y vendiéndola se consiga algo más. Es una muy buena máquina, yo la quería mucho.

Otra ráfaga amable del tiempo pasado ilumina su cara: el gesto de asombro de León aquella mañana en que vio la primera novela traducida por él. Al día siguiente apareció con corbata nueva y le regaló un ejemplar dedicado: testimonio de cierta innata lealtad. Otros pasaron por la Casa, aprendieron lo poco o lo mucho que sabían y se fueron por unas monedas de diferencia. Pero León en algunos momentos, acaso en muchos momentos, llegó a intuir la misión de la Casa, captó oscuramente el sacrificio que implica editar libros, alimentar los sueños de la gente y edificarles una cultura, incluso contra ellos mismos. Sobre la mesa de luz el despertador se ha puesto a sonar trepidando en sus patas de níquel, y a su lado tiembla una foto en su marco, la efigie impúdica y plebeya de una muchacha sacudida de risa, y también baila el vestido floreado, las anchas caderas.

► ¿Mujeres?

► Ya no -y el reloj tiene otro acceso de alarma, la foto otro ataque de baile y de risa.

El único defecto es el teclado de plástico, que se gasta, pero en general creo que ya no se fabrican máquinas como la Remington 1954. También dejó algunos libros, aunque no creo que se pueda sacar mucho por ellos. Hay otras cosas, una radio, una estufa. Le suplico que arregle los detalles con la señora Berta. Como usted sabe, no tengo parientes ni amigos, fuera de la Casa.

Otero suspira, confiesa perdido en el tiempo el día en que León empezó a ser otro; el punto de la Serie Escarlata, el tomo de la Colección Andrómeda (alineados en el único estante como un calendario secreto) en que este hombre dijo que no, olvidando incluso el orgullo infantil que le daban sus obras:

¿A que no sabe cuántas fichas tengo en la Biblioteca Nacional? -la cabeza ya casi calva hundida entre las solapas del traje.

- ▶ ¿Cuántas, León?
- ▶ Sesenta. Más que Manuel Gálvez. -Qué maravilla. -Psh. Falta la mitad. O bien:
- ▶ Esta traducción es única. Mil palabras menos que el original.
- ▶ ¿Las contó?

La risa burlona:

- ▶ Una por una.

Me duele mucho abusar de usted en esta forma, venir a modificar a último momento una relación tan cordial, tan fructífera en cierto sentido. Cuando el asunto de la máquina, por ejemplo, pensé que si yo le pedía algún dinero adelantado, la Casa no se negaría. Pero en doce años no lo había hecho, imaginé que tal vez usted me miraría de un modo particular, que algo cambiaría entre nosotros, y por último no me decidí.

Después -pero ¿cuándo?- un resorte escondido saltó. Es preciso admitir que en los últimos tiempos no recibía a León con placer. Le llenaba la oficina de problemas, de preguntas y lamentos que a veces ni siquiera tenían nada que ver con él, sino con la generalidad de las cosas, los bombardeos en Vietnam o los negros del Sur, temas sobre los que a él no le gustaba discutir, aunque tuviera ideas formadas. Por supuesto León terminaba por mostrarse de acuerdo con ellas, pero en el fondo era fácil advertir que disentía, y ese disimulo no se sobrellevaba sin mutuas violencias. Cuando se iba daban ganas de barrer con una escoba toda esa escoria de tristeza, de pretextos. ¿Qué le pasaba, León?

- ▶ No sé -la voz sollozante-. Es que el munda.está lleno de injusticias.

La última vez, Otero lo hizo atender por la secretaria.

Desearía que usted se quedara con el Appleton. Es una edición algo vieja, y está bastante manoseada, pero no tengo otra cosa con qué testimoniar mis sentimientos hacia usted. Se traba una singular intimidad con los objetos de uso cotidiano. Creo que últimamente lo conocía casi de memoria, aunque no por eso dejaba de consultarlo, sabiendo en cada caso lo que iba a encontrar, y las palabras que de antemano es inútil buscar. Tal vez usted sonría si le confío que, literalmente, yo hablaba con Mr. Appleton.

Es inútil de todas maneras recordar ese mínimo episodio, oponerlo al constante interés que mostró por las cosas de León, aun por detalles triviales:

- ▶ Este mes tradujo dos libros. ¿Por qué no cambia de traje? Era lo mismo que pedirle un cambio de piel, y Otero olvidó el proyecto secreto de invitarlo algún día a comer, presentarle al gerente, ofrecerle un empleo estable en la Casa. Se resignó a dejarlo en su abulia, sus vagos ensueños, las horas de ocio que engendran ideas malsanas, llegando a envidiarlo porque podía levantarse a cualquier hora, decretarse un día feriado, mientras él se desvelaba en los remotos planes de la Casa. Tal vez su bondad estuvo mal colocada, quizá no debió permitir que León se enfrentara solo con las fantasías de una inteligencia que -mejor admitirlo- no era demasiado vigorosa.

Yo decía por ejemplo: -Mr. Appleton, ¿qué significa prairie dog? -Aranata. Aja. ¿Fcrayfish? -Lo mismo que crabfish. -Bueno, pero ¿qué quiere decir crabfish? - Cabrajo. -No le permito.

- ▶ Oh, no se ofenda. Puede traducirlo por bogavante de río.
- ▶ Ahora sí Gracias.

Pero es difícil fijar el límite de los propios deberes con el otro, invadir su libertad para hacerle un bien. ¿Y qué pretexto invocar? Una o dos veces por mes, León venía, entregaba su pila de carillas, cobraba, se iba. ¿Es que él podía pararlo, decirle que su vida era errada? En ese caso, ¿no debería hacer lo mismo con el medio centenar de empleados de la Casa?

Otero se levanta, camina, se asoma a la puerta del hall, la luz cegadora del patio, escucha los ruidos que el muerto tal vez escuchaba: metales, canillas, escobas. Como si nunca hubiera existido, porque nada se para. La sopa en la olla, el jilguero en su jaula -ese canto impávido en un bosque de chapas- y la voz de la vieja diciendo que ya son las once y ojalá el comisario esté por llegar.

¿Cómico, verdad? Uno llegaba a saber cómo se dice una cosa en dos idiomas, y aun de distintos modos en cada idioma, pero no sabía qué era la cosa.

En los dominios de la zoología y la botánica han pasado por mis páginas rebaños enteros de animales misteriosos, floras espectrales. ¿Qué será un bowfin?, me preguntaba antes de largarlo a navegar por el río Missisipi y lo imaginaba provisto de grandes antenas con una luz en cada punta deslizándose en la niebla subacuática. ¿Cómo cantará un chewink? y escuchaba las notas de cristal subir incontenibles en el silencio de un bosque milenario.

Por un momento el visitante comparte ese deseo, porque muchas cosas lo aguardan en la oficina, presupuestos a resolver y cartas que contestar, y hasta una llamada de larga distancia, sin contar el almuerzo con Laura, su esposa, a quien tendrá que explicar lo ocurrido. Pero antes debe saber cómo era León, y por qué se ha matado: antes que llegue el comisario y destape la sábana y le pregunte si eso era León.

Tal vez el misterio estuviera en su infancia, en viejos recuerdos de humillación y pobreza. ¿Alguna vez le dijo que no conoció a sus padres? Quizá por eso se sintió despojado y ya no pudo amar el orden del mundo. Pero salvo ese incidente fortuito, que él sin duda exageraba, nadie lo había despojado.

No he olvidado nunca que todo ese mundo nuevo se lo debo a usted. La tarde en que bajé la escalera de la Casa, apretando contra el pecho la primera novela que me encargó traducir, está probablemente, perdida en su memoria. En la mía es siempre luminosa, rosada. Recuerdo, fíjese, que temía extraviar el libro, lo aferraba con las dos manos, y el tranvía 48 que se internaba en el crepúsculo por la calle Independencia se me antojaba más lento que nunca: quería penetrar cuanto antes en la nueva materia de mi vida. Pero inclusive ese barrio de casas bajas y calles largas y empedradas me parecía hermoso por primera vez.

La Casa fue siempre justa con él, a veces generosa. Cuando dos años atrás, sin obligación alguna,

decidió conceder medio aguinaldo a uno solo entre sus diez traductores, ese traductor era León.

Es verdad que en los últimos tiempos mostraba una curiosa aversión, una fobia, por cierto tipo de obras -las que al principio más le gustaban- e inclusive un secreto (y risible) deseo de influir en la política editorial de la Casa. Pero aun este último capricho estaba por cumplirse: pasar de la ciencia-ficción a la Serie Jalones del Tiempo. Un paso sin duda arriesgado para un hombre de una cultura mediana, hecha a los tumbos, llena de lagunas y de prejuicios.

Subí corriendo a mi pieza, abrí el libro de tapas duras, con esas páginas de oloroso papel que en los cantos se volvía como una pasta blanquísima, una crema sólida. ¿Recuerda ese libro? No, es improbable, pero a mi se me quedó grabada para siempre la frase inicial: "Este, dijo Dan O Hangit, es un caso de un tipo que fue llevado a dar un paseo. Estaba en el asiento delantero de cualquier clase de auto en que estuviera, alguien del asiento trasero le pegó un tiro en la nuca y lo empujaron a Mor-ningside Park. "

▶ Sí, admito que hoy suena un poco idiota. La novela misma (ésta del actor de cine que mata a una mujer que descubre su impotencia) parece bastante floja, a tantos años de distancia.

Nada bastó, era evidente. León no llegó a comprender su verdadero estatus dentro de la Casa: el traductor policial mejor pagado, más considerado, al que nunca se escatimó trabajo ni siquiera en los momentos más difíciles, cuando algunos pensaron que toda la industria editorial se venía abajo.

Otero no ha visto llegar a los hombres de blanco que charlan afuera con dos pensionistas, la camilla apoyada en la pared ocre del patio, chorreada de lluvias y soles y ropa secada a tender. El oficial de las manos a la espalda mete la nariz en la pieza y anuncia, como una confidencia en voz baja:

▶ Ya viene.

Lo cierto es que mi vida cambió desde entonces. Sin pensarlo más, dejé la gomería, quemé todas las naves. El patrón, que me conocía desde chico, se negaba a creerlo. Les dije que me iba al interior, resultaba difícil explicarles que yo dejaba de ser un obrero, de pegar rectángulos de goma sobre pinceladas de flú.

Nunca, nunca les había hablado de las noches que pasaba en la Pitman, mes tras mes, año tras año. ¿Por qué elegí inglés, y no taquigrafía, y no contabilidad? No sé, es el destino. Cuando pienso todo lo que me costó aprender, concluyo que no tengo ninguna facilidad para los idiomas, y eso me da una oscura satisfacción, quiero decir que todo me lo hice yo, con la ayuda de la Casa, naturalmente.

Confrontado con esa inminencia, Otero vio de golpe las cosas más claras. El suicidio de León no era un acto de grandeza ni un arranque inconsciente. Era la escapada de un mediocre, un símbolo del desorden de los tiempos. El resentimiento, la falta de responsabilidad anidaban en todos; sólo un débil los ejercía así. Los demás frenaban, rompían, atacaban el orden, ponían en duda los valores. La destructividad que León volvió contra sí: ésa era la enfermedad metafísica que corroía el país y a los hombres hechos para construir les resultaba cada día más difícil enfrentarla.

No los vi más, nunca. Aún hoy, cuando paso por la calle Rioja, doy un rodeo para no encontrarlos, como si tuviera que justificar aquella mentira. A veces lo siento por don Lautaro, que hizo de



verdadero padre para mí, lo que no quiere decir que me pagara bien, sino que me quería y casi nunca me gritaba Pero salir de allí fue un progreso en todo sentido. ¿Necesito hablar del fervor, del fanatismo casi con jue traduje ese libro? Me levantaba tempranísimo y no me interrumpía hasta que me llamaban a comer. Por la mañana trabajaba en borrador, tranquilizándome a cada paso con la idea de que, si era necesario, podría hacer los, tres, diez borradores; de que ninguna palabra era definitiva En los márgenes iba anotando variantes posibles de cada pasaje dudoso. Por la tarde corregía y pasaba en limpio.

Es inútil que Otero siga buscando. No quiere encontrarse culpable de ninguna omisión, desamor, negligencia. Y sin embargo es culpable, en los peores términos, en los términos que siempre le reprocha Laura: demasiado bueno, demasiado blando.

Atrapado por fin, se retuerce, defiende, responde. No es que sea bueno, es que no tuvo que esperar a que se inventaran las relaciones humanas para dar el trato que merece a la gente que trabaja, que es al fin la que hace lo que puede existir de grandeza en el país, en la Casa.

Ya aquí empezó mi relación con el diccionario, que entonces era flamante y limpio en su cubierta de papel madera:

► Mr. Appleton, ¿qué quiere decir scion?

Vastago.

► ¿Y crúor? Fastidiado: Crúor quiere decir crúor!

Pero qué, si hasta las palabras más simples le consultaba, aunque estuviera seguro de su significado. Tanto miedo tenía de cometer un error. Esa novela de Dorothy Pritchett, esa, digámoslo francamente, pésima novelita que se vendía en los kioscos a cinco pesos, la traduje palabra por palabra. Le aclaro que entonces no me parecía pésima, al contrario: a cada instante encontraba en ella nuevas profundidades de sentido, mayores sutilezas de la acción.

¿Pero con León falló, Otero? Sí, con León fallé, debí intervenir, reconvénirlo a tiempo, no dejar que siguiera ese camino. La admisión estalla en un suspiro final, y ya León va dejando de moverse en las palmeras de papel, las evidencias de su oficio terrenal, los saturados circuitos de la memoria. Es la hora, en fin, de sentir por él un poco de piedad, de recordar lo flaco que era y humilde de origen, y entonces la vieja asombrada le oye decir:

► Demasiado.

Llegué a convencerme de que la señora Pritchett era una gran escritora, no tan grande como Ellery Queen o Dickson Carr (porque yo ahora leía furiosamente la mejor literatura policial, que usted me recomendaba) pero bueno, estaba en camino. Cuando la traducción estuvo lista, volvía corregirla, y a pasarla en limpio por segunda vez. Ese mecanismo explica cómo pude tardar cuarenta días, aunque trabajaba doce horas diarias, y aun más, porque hasta dormido me despertaba a veces para sorprender a alguien que dentro de mi cabeza ensayaba variaciones sobre un tiempo de verbo o una concordancia, fundía dos frases en una, se deleitaba en burlonas cacofonías, aliteraciones, inversiones de sentido. Todas mis potencias entraban en esa tarea, que era más que una simple

traducción, era -la vi mucho después- el cambio de un hombre por otro hombre.

Cuando llegó el comisario, no fue siquiera preciso que mirara las cosas del cuarto. Las cosas parecieron mirarlo a él en esa fracción de segundo en que todo estuvo abarcado, catalogado, comprendido. Tampoco necesitó presentarse, el sobretodo azul, el sombrero gris, la ancha cara y el ancho bigote. Simplemente abrió la mano a la altura de la cadera, y Otero tendió la suya.

▶ ¿Esperó mucho?

¿Qué tiene de extraño que ese trabajo resultara finalmente defectuoso, pedante, esclerosado por la pretensión de llevar la exactitud al seno mismo de cada palabra? Yo no podía verlo, estaba encantado y hasta me sabía párrafos de memoria.

Temblaba y sudaba el día en que fui a llevarle el manuscrito. Mi destino estaba en sus manos. Si usted rechazaba el trabajo, me esperaba la gomería. En mi desmesura, fantaseaba que usted leería ahí mismo la novela, mientras yo esperaba el tiempo que fuera necesario. Pero apenas le echó un vistazo y la guardó en el interior del escritorio.

▶ Venga dentro de una semana -dijo.

▶ ¡Qué semana atroz! Pasaba sin tregua de la esperanza más enloquecida a la más completa abyección del ánimo.

▶ Mr. Appleton, ¿qué significa utter dejection?

▶ Significa melancolía, significa abatimiento, significa congoja.

▶ No -dijo Otero.

El comisario estaba recién afeitado y, tal vez, recién levantado. Bajo la piel oscura se transparentaba un rosa-do de salud, y aunque los tres pasos que dio en dirección a la cama y el muerto fueron rápidos y precisos, en el respirado aire de la pieza quedó una estela de cansancio, de tedio, de cosa ya vista y sabida.

Volvi Usted hojeaba pausadamente el manuscrito en sus escritorio. Espié con un sobresalto las nutridas correcciones en tinta verde. Usted no hablaba. Debí estar palido porque de pronto, sonrió.

▶ No se asuste -dijo tendiéndome la pila de carillas nuevamente ordenadas-. Ahí tiene una mesa. Estudie las correcciones.

Eran casi todas justas, algunas indiferentes, unas pocas me hubiera gustado discutir las. Con un golpe de sangre en la cara, aprendí que actual no quiere decir, actual, sino verdadero. fSorry, Mr. Appleton.) Pero lo que me llenó de bochorno fue la implacable tachadura del medio centenar de notas al pie con que mi ansiedad había acribillado el texto. Ahí renuncié para siempre a ese recurso abominable.

Todo dicho, usted vio en mí posibilidades que nadie había adivinado. Por eso acaté sin resentimiento aquella admonición final que, en otras circunstancias, me habría hecho llorar: -Tiene que trabajar más.

La mano del comisario tomó una punta de la sábana y dio un tirón descubriendo el cuerpo pequeño, azulado y desnudo. La señora Berta no desvió los ojos, quizá porque ya lo había visto así al acudir a despertarlo en días de verano, quizá porque en su mundo sin esperanzas y sin sexo estaba más allá de pequeños pudores.

Usted firmó la orden de pago: 220 carillas a dos pesos. Menos de lo que sacaba por cuarenta días de trabajo en la gomería pero era el primer fruto de una labor intelectual, el símbolo de mi transformación. Al salir llevaba bajo el brazo mi segundo libro.

- ▶ Unspeakable joy, Mr. Appleton?
- ▶ Esa alegría que usted siente.

Trescientos pesos se me fueron en el mes de pensión. Gen, en la segunda cuota de la Remington. Me sumergí con encarnizamiento en *Forty Whacks*, esa historia de la vieja que matan a hachazos en la playa, ¿recuerda? Me sentí feliz cuando en la página 60 ariviné el asesino. Nunca leí con anticipación el libro que traducía: así participaba en la tensión que se iba creando, asumía una parte del autor y mi trabajo podía tener un mínimo de, digamos, inspiración. Tardé cinco días menos y usted debió admitir que había asimilado sus lecciones. Desde luego el oficio sólo se hace en años y años, años de trabajo cotidiano. Se progresa insensiblemente, como ¡si fuera un crecimiento, del cotiledón al Árbol de Navidad.

Otero se encontraba al fin con lo que había estado esperando, y trató de aguantarse firme. Cuando quiso mirar a otra parte, tropezó con la cara del comisario.

- ▶ ¿Lo conoció? Otero tragó saliva.

Comparando una carilla de hoy con otra de hace un mes, no se nota la diferencia, pero si uno se mide con el de hace un año, exclama con asombro: ¡Ese camino lo hice yo! Qaro que había cambios más importantes. Mis manos por ejemplo perdieron su dureza, se hicieron más chicas, más limpias. Quiero decir que era más fácil lavarlas, no había que luchar contra ese resabio de ácidos y costras y huellas de herramientas. Siempre he sido menudo, pero me volví más fino, delicado.

Con mi quinto libro (*El misal sangriento*, renuncié al segundo borrador y gané otros cinco días. Usted empezaba a estar contento conmigo, aunque lo disimulaba por esa especie de pudor que nace de la mejor amistad, delicadeza que siempre le admiré. Por mi parte, todavía no igualaba el sueldo de la gomería, pero me iba acercando.

Entretanto, ocurrió ese hecho extraordinario. Una mañana usted me esperaba con una sonrisa especial y la claridad que entraba por la ventana lo nimbaba, le daba una aureola paterna.

- ▶ Tengo algo -dijo- para usted.
- ▶ Sí-dijo.

El comisario tapó el cadáver y el camino quedó abierto para frases de compromiso que nadie

ensayó, consolaciones que ya estaban pronunciadas, gestos de superflua memoria.

Ya supe lo que era, fingiendo la misma excitación que sentía, que iba a sentir, mientras usted metía la mano en el cajón del escritorio y con tres movimientos que parecían ensayados ponía ante mis ojos la reluciente tapa bermeja y cartoné de Luna mortal, mi primera obra, quiero decir mi primera traducción. La tomé como se recibe algo consagrado.

- ▶ Mire adentro -dijo.
- ▶ Adentro, ese relámpago.

Versión castellana de L. D. S. que era yo, resumido y en cuerpo 6, pero yo, León de Sanctis, por quien la linotipo había estampado una vez y la impresora repetido diez mil veces como diez mil veces tañen las campanas un día de fasto y amplitud, yo, yo... Bajé al salón de ventas. Gncó ejemplares me costaron 15 pesos con el descuento: - Tenía necesidad de mostrar, regalar, dedicar. Uno fue para usted. Esa noche compré una botella de cubana y por primera vez en mi vida me emborraché leyéndome en voz alta los pasajes más dramáticos de Luna mortal A la mañana siguiente no pude recordar en qué momento había dedicado un ejemplar "a mi mamá".

León había dejado de moverse. El resorte se había disparado, la cortina estaba cerrada, la imagen lista para el archivo. Era una imagen triste, pero tenía una serenidad de la que careció en vida.

Mi situación mejoró de a poco. De una pieza de tres, pasé a una de dos. Pero no faltaban dificultades. A los demás les molestaba el ruido de la máquina, sobre todo de noche. Eran y son, como tal vez compruebe usted, obreros en su mayoría. Nunca trabé amistad con ellos: me recordaban mi pasado y supongo que me miraban con envidia.

En mayo de 1956 conseguí traducir en quince días una novela de 300 páginas. El precio había subido a seis pesos por carilla. Desgraciadamente, la pensión también se había triplicado. Las buenas intenciones de la Casa siempre fueron anuladas por la inflación, la demagogia, las revoluciones.

Pero yo era joven y estaba aún lleno de entusiasmo. Todos los meses aparecía uno de mis libros y mi nombre de traductor figuraba ahora completo. Cuando salí por primera vez en una gacetilla de La Prensa, mi alegría se colmó. Conservo ese recorte y los muchos que siguieron. Según esos testimonios mis versiones han sido correctas, buenas, fieles, excelentes y, en una oportunidad, magnífica También es cierto que otras veces no se acordaron de mí, o me tildaron de irregular, despajeo y licencioso, según los vaivenes temperamentales de la crítica.

Otero saludó para irse. A último momento recordó el sobre en su bolsillo.

- ▶ Hay una carta -dijo-. A lo mejor usted.

¿Confesaré que entré en el juego de la vanidad? Me comparaba con otros traductores, los leía con ojo insomne, averiguaba sus edades, número de obras. Recuerdo sus nombres: Mario Calé, M. Aliñan, Aurora Bernárdez. Si eran peores que yo, los desestimaba para siempre. A los otros me prometía superarlos, con tiempo, paciencia. A veces mi fantasía me llevaba lejos: soñaba con

emular a Ricardo Baeza, aunque cultivábamos géneros distintos y al fin me resigné a dejarlo solo en su vieja gloria. Empezaba a leer otras cosas. Descubrí a Coleridge, Keats, Shakespeare. Tal vez nunca los entendí del todo pero algunas líneas se me quedaron grabadas para siempre: The blood is hot that must be cooled for this. O bien.

The very music of the flame has gone.

Cuando le pedí que me probara en otras colecciones de la Casa, usted se negó: es más difícil traducir novelas policiales que obras científicas o históricas, aunque se pague menos. El elogio implícito en esa reflexión me consoló por un tiempo. El cambio producido en esos cuatro años era ya espectacular, definitivo. Unos tenaces dolores de cabeza me llevaron al oculista. Al verme con anteojos, pensé con insistencia en el taller de don Lautaro.

Pero al comisario le bastaba la que el difunto León de Sanctis escribió y firmo para el juez.

La transformación más grande era interna, sin embargo. Una dejadez, un desgano me invadían insidiosamente. Ni yo mismo podía notarlos de un día para otro pausado como el tedio de la arena cayendo en esos antiguos relojes. ¿No es uno un pavoroso reloj que sufre con el tiempo? A mi alrededor nadie pudo comprender la naturaleza verdadera de mi trabajo. Había conseguido ya esa habilidad que me permitía traducir cinco carillas por hora, me bastaban cuatro horas diarias para subsistir. Me creían cómodo, privilegiado, ellos que manejan guinches, amasadoras, tornos. Ignoraban lo que es sentirse habitado por otro, que es a menudo un imbécil: recién ahora me atrevo a pensar esa palabra; prestar la cabeza a un extraño, y recuperarla cuando está gastada, vacía, sin una idea, inútil para el resto del día. Ellos prestaban sus manos, yo alquilaba el alma. Los chinos tienen una expresión curiosa para designar a un sirviente. Lo llaman Yung-jen, hombre usado. ¿Me quejo? No. Usted siempre me favoreció con su ayuda, la Casa nunca cometió la menor injusticia conmigo.

La culpa debía de estar en mí, en esa morbosa tendencia a la soledad que tengo desde que era chico, favorecida quizá por el hecho de que no conocí a mis padres, por mi fealdad, por mi timidez. Aquí toco un punto doloroso, el de mi relación con las mujeres.

► Es suya -dijo.

Creo que me ven horrible y temo su rechazo. No las abordo y así transcurren los meses, años, de abstinencia, de deseñarlas y aborrecerlas. Soy capaz de seguir a una muchacha cuadrada y cuadrada juntando coraje para decirle algo, pero cuando llego a su lado paso de largo agachando la cabeza. Una vez me decidí, estaba desesperado. Ella se volvió (no olvidó su cara) y me dijo simplemente "Idiota". Ni siquiera era linda, no era nadie, pero podía decirme idiota. Hace tres años conocí a Celia. La lluvia nos juntó una noche en un zaguán. Fue ella la que habló. Es tonto, pero en cinco minutos me enamoré. Cuando paró la lluvia la traje a mi pieza y al día siguiente arreglé para que se quedara. Una semana todo anduvo bien. Después se aburrí, me engañaba con cualquiera en la misma casa. Un día se fue sin decirme nada. Eso es lo más parecido al amor que puedo recordar.

A menudo discutí con usted si fue la caída del peronismo lo que acabó con el fervor por las novelas policiales. ¡Tantas buenas colecciones! Rastros, Evasión, Naranja: arrasadas por la ciencia-ficción. La Casa fue como siempre previsoramente al crear la Serie Andrómeda. Nuestros dioses se llamaban

## Un kilo de oro

---

ahora Sturgeon, Qark, Bradbury. Al principio mi interés se reanimó. Después fue lo mismo. Paseando por los paisajes de Ganimedes o sintonizando la Mancha Roja de Júpiter, veía el espectro sin colores de mi pieza.

No sé en qué momento empecé a distraerme, a saltar palabras, luego frases. Resolvía cualquier dificultad omitiéndola. Un día extravié medio pliego de una novela de Asimov. ¿Sabe lo que hice? Lo inventé de pies a cabeza. Nadie se dio cuenta. A raíz de eso fantaseé que yo mismo podía escribir. Usted me disuadió, con razón. Saqué la cuenta de lo que tardaría en escribir una novela y lo que cobraría por ella: estaba mejor como traductor. Después hice trampas deliberadas, mis carillas tenían cada vez más blancos, menos líneas, ya no me tomaba la molestia de corregirlas. Mr. Appleton me miraba tristemente desde un rincón. Ahora no lo consultaba casi nunca

► What is the metre of the dictionary ?

► Esa no es una pregunta.

Aquí tal vez usted espere una revelación espectacular, una explicación para lo que voy a hacer cuando termine esta carta. Y bien, eso es todo. Estoy solo, estoy cansado, no le sirvo a nadie y lo que hago tampoco sirve. He vivido perpetuando en castellano el linaje esencial de los imbéciles, el cromosoma específico de la estupidez. En más de un sentido estoy peor que cuando empecé. Tengo un traje y un par de zapatos como entonces y doce años más. En ese tiempo he traducido para la Casa ciento treinta libros de 80.000 palabras a seis letras por palabra. Son sesenta millones de golpes en las teclas. Ahora comprendo que el teclado esté gastado, cada tecla hundida, cada letra borrada. Sesenta millones de golpes son demasiados, aun para una buena Remington. Me miro los dedos con asombro.

## Un kilo de oro

El olor a gato venía caminando hacia él por la vereda mojada. O tal vez no caminaba sino que permanecía inmóvil y suficiente, por lo menos a cierta distancia, como la marquesina de un teatro o el palio de una iglesia por donde salen los novios: un tinglado intangible de olor a pis de gato. Fosfuros. Amoníaco. Algalia. En el umbral el plato con pedacitos de hígado cortado. Algún día me agacharé y lo comeré.

¿Entraría? Entró. Meadas ruinas de Marienbad: llevaba a Pola del brazo por las marmóreas galerías, era de tarde en primavera y ella «tenía un vestido suelto de muselina, zapatos grises y bajos, aros sonoros de madera. La luz de esa tarde pervivía en la oscuridad como el recuerdo del sol en el fondo de un río. ¿El perfume de Pola era Shocking? Se le había hecho la piel del ciego mientras bajaba un piso, subía otro, rozando con las yemas las paredes que colgaban en tiras de papel. Alguna vez podrían poner luz estos desgraciados. Salió a los guijarros de la terraza y se orientó por los letreros luminosos: el verde era el este, el rojo era el norte. Cosmografía parda.

Una siesta de dos meses atrás estaba cristalizada en la cama de su pieza como un molde de yeso probando un delito. Renato volvió a poner en su sitio las sábanas. No quería ver nada, pero automáticamente resurgían pequeños proyectos, las plantitas brotaban del cotiledón, el espíritu

germinativo: clavar en la pared el dibujo de Brascó, terminar el libro de Olsen sobre D.T., barrer: cascarras de naranjas y un pedazo de pan en el piso. Tonio estaba parado en la puerta, las manos en los bolsillos.

- ▶ ¿Cómo te va?
- ▶ Como la mierda.

Tonio aprobó en silencio, dando un impulso adicional a las manos dentro del sobretodo: era petiso porque vivía tirándose para abajo. Toda su gran cabeza lo estudiaba, las cejas de ligustro, los ojos de escopeta, la calva reluciente con esos terraplenes de pelo a los costados.

- ▶ Me alegro -dijo montando en una silla y cruzando las manos bajo el mentón.
- ▶ Ah, te alegras.

A Tonio se le hizo la sonrisa en las puntas de la boca, trepó hacia el otro arco voltaico de sonrisa que bajaba de los ojos. Sonrisa en dos tiempos, ese cabrón.

- ▶ Sabes por qué te digo, ¿no?
- ▶ Sí. No. Qué se yo.
- ▶ Te acordás que yo te avisé y me retiraste el saludé por quince días. Renato no se acordaba.
- ▶ La relación entre intelectuales de distinto sexo -dijo Tonio- es una relación homosexual. Lo tengo publicado.
- ▶ ¿La doctora Rubiakov?

Otra doble ojiva sonriente. La picardía jugaba un partido de share en la cara de Tonio, que también era la doctora Rubiakov, autora de El último enigma del sexo y de La mujer ardiente.

- ▶ Vos reíte, pero yo me corto lo que te dije antes de llevarme una de esas tilingas a la cama. Van con la tijera de podar. Vos te rompes todo y ellas miran el techo y piensan en Fellini. Una mujer tembú, eso es lo que hace falta.
- ▶ ¿Qué es eso?
- ▶ Ves -dijo Tonio-. Ahí tenes un intelectual argentino. Seguro que sabes lo que es una mujer Mriji y una mujer Vadawa.
- ▶ Una Mriji es una mujer estrecha y una Vadawa un poco menos.
- ▶ Extranjeras -condenó Tonio-. La mujer tembú tiene una lengüeta adentro de la co, de la vagina -reaccionó retomando el lenguaje científico de la doctora Rubia-kov- y te la introduce en el orificio de la, del pene.

▶ Interesante.

▶ Hay muy pocas. Yo conocí una sola, en Goya, y era vieja y fea pero te dejaba loco. ¿Te conté que yo tengo un kilo de oro? Ah, tampoco sabes lo que es eso. -Sacó un cigarrillo y un fósforo-. Un kilo de oro es la variedad de pi, de pene más cotizada entre las mujeres. Les hace sonar los siete tamborcitos. El medio kilo es bueno, pero no tanto. Y la Pía Majestad...

Conmovido. Debería estar, por lo menos. Este tipo sabe cómo me siento, viene y enciende la kermes de luces, pone en marcha todos los juegos. Algo circula en su cabeza, una molécula ARN, un impulso eléctrico haciendo contacto en cada chiste, en los reels del bally. Todo para mí, Misterioso, yo nunca le di nada. Me río, cómo no me voy a reír. Pero es igual que reírse con el esternón partido: ese puñal mal puesto.

▶ ...pero hay mucha represión -decía Tonio y recién ahora prendió el fósforo-. Sexofobia. ¿Sabes cómo le llaman algunos a la? Carne meada. Los curas jodieron mucho.

Renato se paró, decidido a capear la lluvia de pala-bras.

▶ ¿La viste?

Tonio parecía esperar la pregunta, hizo tiempo calentando con el fósforo la punta del cigarrillo.

▶ ¿Esa turra? Anda yirando por ahí. O vos te crees que es fácil encontrar otro punto como vos. Mira, el otro día comentábamos con Paco, esta mina se ensartó para toda la cosecha. Lo que pasa es que no pueden aguantar un tipo mejor que ellas, se mueren de envidia. Con una reá de la calle te va a ir mejor. Otra cosa, ¿vos nunca hiciste la prueba? Anda, hace la prueba un día.

Ponéte detrás de un biombo y escuchale la voz sin verla, Voz de hombre, viejo. Y después mirale la boca, ¿nunca te miraste bien la boca? Tiene el labio caído, qué se puede esperar de una mina con el labio caído.

▶ Ella te quería mucho -dijo Renato. Como la sombra de una cortina cayó sobre la cara de Tonio, una tenue gradación de ceniza, o tal vez era el humo que ahora largaba por la boca, mirando al cielo raso.

▶ Yo también, pero jodio a todos mis amigos. A Beni-to lo jodio, a Paco lo jodio, y ahora a vos.

▶ Yo estoy bien -dijo Renato.

▶ Sí, ya veo lo bien que estás. Decíme -Tonio encor-ó el índice de la mano derecha alrededor del mentón y hundió la cabeza en la gran masa del tórax; las cejas cubieron un centímetro-, ¿crias gallinas en la isla? Clic, el gatillo montado en la locura propia de Tonio. Renato la había olvidado. Trató de mantenerse serio.

▶ ¿Gallinas?



## Un kilo de oro

---

- ▶ Sí, gallinas -dijo Tonio profundamente reconcentrado-. ¿Sabes a cuánto están los huevos?
- ▶ Pero viejo, qué.
- ▶ Un momentito, ahora hablo yo. ¿Sabes a cuánto están los huevos, sí o no?

Renato volvió a sentarse.

- ▶ No -suspiró.
- ▶ Ciento veinte pesos la docena -dijo Tonio-. ¿Sabes cuántos huevos pone una gallina?
- ▶ Qué se yo. Dos o tres por día.
- ▶ No, boludo. Uno, en el invierno. Supongamos que tenes cien gallinas, y que cuatro no pongan porque salieron flojas. Noventa y seis huevos, ¿cuántas docenas son? Ocho docenas. A ciento veinte mangos, ¿cuánto es? Novecientos sesenta. Treinta lucas por mes. Y si tenes el doble sesenta. ¿Comprendes, gil?

Voy a tener que echarlo. El único tipo en el mundo que se preocupa por mí, y mira de qué forma se preocupa. Pero si le digo que no quiero criar gallinas, capaz que se ofende. Diplomacia:

- ▶ ¿Cuánto cuestan cien gallinas?
- ▶ Treinta y dos mil quinientos cincuenta pesos -respondió Tonio en el acto.

Puñalada:

- ▶ ¿Me los puedes prestar?

Dibujo animado. Nube se rompe. Sal en la herida: -Aunque sea los treinta. Los dos mil quinientos los consigo en el banco. Cincuenta tengo ahorrados. Tonio caía agitando los brazos en el aire azul. Pero ya estaba fabricando otra rosada nubecita de pedos: la nomenclatura era suya.

- ▶ ¿Hasta cuándo te quedas?
- ▶ Me voy mañana.
- ▶ Espérame al jueves. El jueves sin falta te los consigo. Se paró, abotonándose el sobretodo. Una repentina preocupación lo demoraba-. ¿Qué les vas a dar de comer?
- ▶ ¿A quién?
- ▶ A las gallinas, hombre. ¿De qué estamos hablando?
- ▶ Maíz -dijo sabiamente Renato.

- ▶ Ah, no -se opuso Tonio-. Así no vamos a ninguna parte. Maíz, una vez por semana. ¿Sabes a cuánto está el maíz?
- ▶ Novecientos pesos la bolsa -improvisó Renato.
- ▶ Exacto -dijo Tonio que había inventado una cifra »Igo distinta-. Y cien gallinas, ¿cuántas bolsas comen?
- ▶ Tres.
- ▶ Por semana -precisó Tonio-. Entonces no puedes darles maíz. Tienes que darles las sobras de lo que comes, que se las rebusquen por ahí. Atorrantas. El campo está lleno de semillitas. ¿Comprendido?
- ▶ Sí -dijo Renato en un hilo.
- ▶ Bueno. Ahora todo está más claro. ¿Necesitas algo?
- ▶ No. Lo miraba con profunda desconfianza.
- ▶ Decime, ¿Hace mucho que no?
- ▶ Más o menos.
- ▶ ¿Te mando la gorda?
- ▶ No -se apresuró Renato-. La verdad, ayer levanté la mina en la isla.
- ▶ No te creo. Te mando la gorda. Total no tiene nada que hacer, se está cagando de frío en la esquina de Para-lay.
- ▶ Tírame un cien.

Tonio se revisó prolijamente los bolsillos hasta encontrar un billete de quinientos doblado en ocho.

- ▶ Toma. Uniqueti.

Desde el fondo de la escalera gritó todavía:

- ▶ Espera un cacho que ya viene la gorda.

Renato se cambió precipitadamente la ropa mojada y lió. El número no estaba en su memoria, estaba en la punta de sus dedos. Cómicamente, verlos moverse. El llamado llevó a caer en el vacío. En cambio la voz de Greta diciendo hola sonó como si estuviera en Canadá, para hacerse luego en deleitadas estalactitas, jirones de jmbro y excitación.

- ▶ Pero vení enseguida -dijo-. Tengo millones de cosas para contarte.

Renato subió. Volvió a verse en el espejo del ascensor. La cara triangular de turco triste con la opacidad enfermiza de la piel, la frente cansada, sin dominio, y esa absurda cantidad de pelo rizado y negro que le había crecido. Había olvidado el odio que sentía por su cara. Greta lo esperaba con la puerta abierta, asomada en el marco de luz. Al abrazarla sintió el olor a pintura en el tibio pulóver, en los duros pantalones de Ioneta. Recorrió sin interés los cuadros nuevos apilados contra las paredes, espectador más abstracto que las desordenadas manchas donde la luz se pulverizaba en sombríos sienas y verdes. Greta en su luna menguante.

- ▶ Bueno -dijo ella-, contame. ¿Es cierto que vivís en una isla? -la voz volteada desde la kitchenette donde hacía el café.
- ▶ Es cierto. No hay mosquitos -se anticipó-. No se inunda. Los pajaritos cantan todo el día -recibió el pocilio caliente-. ¿Dónde está Pola?
- ▶ Ah, ah, ah, -hizo Greta-. Es eso.
- ▶ No es eso. Es que los extraño a todos, no puedo vivir sin ustedes.

La cara de Greta se estiró.

- ▶ Ironías no, chiquito. Hoy ha sido un largo día, ¿sabes? Desde que me levanté me he sentido como una imbécil.
- ▶ Supongo que has estado arruinando tus propios cuadros. Ella asintió con la cabeza.
- ▶ Los retoco demasiado, no sé cuándo pararme. Hay un punto en que deben estar perfectos pero nunca sé cuál es. ¿Sabes qué podrías ser? Una gran pintora naive. Si tuvieras un crítico al lado. ¡Pero eso es lo que no quiero ser! -gimió Greta- Quiero pintar con la cabeza, no con los ovarios.

Renato se fijó en ella por primera vez esa noche.

- ▶ Me voy -dijo. Greta alzó una mano.
- ▶ No la vas a encontrar. Esta noche tiene ácido. Acido. Qué raro. Pola, que tenía miedo de volverse loca, que veía el mundo partido por la mitad, y cada cosa del mundo también partida, y cada mitad nuevamente partida. "Es como si fuera un gran espejo, comprendes, y alguien lo hubiera tirado al suelo."
- ▶ Pola se analiza con Reverdi. Más loco que ella. ¿Sabes quién se le suicidó? Graciela, fue horrible. Ella que no quería ser fea, y se ahorcó del techo. No quise verla.

El dentista. Graciela vista a través de una periostitis y un complejo de culpa: lávese bien; si le duele, vuelva. Mirándola de reojo después del saludo; no era un lugar para hablar. Vestido con lunares rosa. Dejé de leer Es-quire cuando descubrí que empezaba a comerse las rosas del florero. Se las comió una por una. Nerviosa, sin duda: "Yo vivo en ácido permanente." Cuello Modiglia-ni. Ahora digo Modigliani. Jirafa comiendo rosas, desandando la calle Darwin. Hermoso cuello. No oí la soga cuando se cortó, hermana mía y violeta, dicen, deshaciéndose en lenta y olorosa pudrición como las ciruelas que -Pobre -dijo Renato, pasándose la mano izquierda por el costado de la cara, oyendo el

chasquido de la barba que sólo él podía oír-. ¿Cómo está León?

- ▶ En el diario -dijo Greta-. A estas horas. Se las ha arreglado para dejarme sin hombre. Lo peor es que no puedo encamarme con otro. Alma unicelular, sabes.
- ▶ ¿Dónde está la clínica?
- ▶ No sé -dijo Greta-. ¿Más café? Si lo supiera, no te lo diría. Primero la mandaste al osteópata. Después al psicoanalista.
- ▶ Es la pasión -dijo Renato-. Vos no sabes nada de eso. Por eso León está a estas horas haciendo las necrológicas. El diente sobre el labio. El fino diente, instantáneo.
- ▶ Puede ser.
- ▶ ¿Muchos muertos? -prosiguió-. He visto que ya no les ponen una cruz. Les ponen un signo más. Fulano más fulano más fulano, rip, rip, rip, suma y sigue. Cuando se den cuenta, les van a poner un signo menos. El buen León.

Los ojos de Greta brillaban en la cruda luz.

- ▶ ¿Para eso viniste?

Renato se levantó, se arrodilló junto a Greta, Sonia, apoyó la cabeza en su falda. luxta crucem. Nada podía ser sincero, cada gesto estaba podrido por una palabra previa, y él un traficante de palabras para pudrir otros gestos.

- ▶ Estoy jodido -dijo. Sintió sus manos en la nuca, tibias. El olor a pintura en el pantalón de Greta, y tal vez olor a León y a ella en la madrugada anterior. Baño sin agua caliente. Los dedos iban y venían sobre su nuca, Mater universalis, la vieja tarjetita perforada.
- ▶ ¿Vos crees que debo criar gallinas?
- ▶ Qué manera de hablar -dijo Greta levantándole la cara y cruzándole la boca con el índice-. Kakós, kaké, kakón. Renato se sentó en el suelo. La cara de Greta era casi dulce cayendo en declives de piedad hacia él.
- ▶ Estoy bien -dijo-. Me voy en seguida.
- ▶ Si querés quedarte. Yo voy a trabajar. Podes dormir hasta que venga León. Después te damos un colchón. On, ón. Cacófono ocupado. Renato se paró.
- ▶ La noche recién empieza.

Greta lo llevó a la puerta, lo besó en la mejilla:

- ▶ But we love you, Charlie Brown.

Reverdi, Carlos: ¿Qué clínica? Reverdi Francisco: Pero no, hombre, ésta no es hora de llamar.  
Reverdi Guillermo, Reverdi Walter. Reverdy.

"Vos no sos loco, Reni. Vos te has puesto traje de loco, que es distinto." La guerra entre ella y yo. Responso del guerrero. Pola daba vueltas dentro de su cabeza, todo desembocaba en ella, el mundo armado como un escenario donde iba a aparecer en cualquier momento. Cada cosa la anunciaba, la ropa interior de una vidriera o un tacho de basura. El psicódromo lleno esta noche: un galgo en cámara lenta, los aplausos caían despacio como la nieve, palomitas sonoras entre sonrisas tibeta-nas, un pie se sacaba la piel como una media pero no se animaba a dar la patada final. La mirada de Pola venía resbalando desde lo alto de la nariz, una mirada líquida que exprimía entrecerrando los párpados, oh con tanta lentitud, como si fueran un pulgar y un índice que manejaba a voluntad, lo que es el oficio che; las luces se movían, el fondo de ojo de la noche, luz rasante en el cuerpo de Pola encandeciendo los poros de la espalda, pulverización mezcalínica, y ¿qué Viejo Maestro pintó qué cosa debajo de su piel? Qué amontonamiento de jugadores, viejo, no se ve la pelotita por ninguna parte.

► Seesta, seesta.

Entró en El Ciervo, se sentó frente a la imagen propia del cévido cornudo que encendía y apagaba sus ojos de topacio, probó el mosela y su matiz crisoberilo, tantos años con esa frase adentro dándome un calorcito, la tarde en su matiz crisoberilo, pelota al córner.

(Analizada con razón) la noche venía mal, Renato sentía su olor interno a desastre y recaída. No puede ser que Uno busque lleno de esperanza y lo arrastren así como un bagre por el barro, y que Uno muerda el anzuelo que estaba invisible, mira vos. Pero sí puede ser, y siempre fue. Qué se puede esperar de un mentón como el que tengo, esta especie de preámbulo de fuga o de argumento dilatorio. Las facultades del alma todas puestas como el ojete, armadas a último momento y con apuro. La bisagra entre la voluntad y la sensibilidad, la roldana del entendimiento. Catul Jobson experimentó una irrefrenable vocación por la psicología después que armó su primer meccano. El sandwich de pavita tenía gusto a polietileno y a doscientos cuarenta pesos y ella no apareció. Debí quedarme en la isla, estaba tan bien hasta que empezó a llover. Ahora al salir el toldo le escupió unas gotas en el cuello, pero el cielo se agujereaba, viento del sur empujando nubes blancas y deshilachadas, el asfalto inundado de letreros temblorosos, ilegible trepidación, shimmering, pointillage, embalsados capaces de sostener el peso de un ómnibus sin sumergir a los obreros del volante. La gente salía de los cines, empezó a atravesarla con paciencia. Respiraba más rápido, como si estuviera por llegar a una cita establecida. Ese era el Síntoma, antes, y las piedritas adentro del oído: había empezado a correr en el psicódromo bajo el crepúsculo de Malpighi. Se paró. Estaba internado en la calle, tan oscura a cuadra y media de Corrientes, a veinte metros del teatro, único transeúnte posible entre los cajones de basura y la luz de los charcos. Se pegó a la reja. Prisionero, mirando la gran foto con los ojos trágicos de Pola, la sombra triangular cayendo largamente de cada ojo, la deidad que llora, la trampa en que siempre caía. Gran siete, si no es para creer en las formas, miro esa cara y soy como el mono recién nacido al que le muestran una T de madera. Sobre la cabeza de Pola se tendía en letras anaranjadas el título de su nueva obra, Los días iguales. Para eso se habían pasado hablando de Artaud hasta la insensatez; para eso habían imaginado lenguas de oprobio saliendo de cárceles, manicomios y leprosarios hasta arrasar la inicua ciudad: enormes holocaustos que terminarían con los actores armados de hachas y mangueras corriendo al público después de gritarle "¡Fuego!" persiguiéndolo por las calles hasta la llegada de la

policía, que también recibiría su parte de la Única Función. Enterneado, aciago, Renato se reía recordando la acumulación de proyectos que desembocó en su obra solitaria que la gente pateó y los críticos lapidaron. Nadie llegó a ver lo que él había imaginado en aquel Götter-dämmerung de cómicos que parecían salidos del Teatro del Pueblo para tartajear monstruosidades incomprensibles y jirones de letra olvidada, con sólo Pola modulando impávida los acentos grises y neutros de la Muñeca, esa mera figura del alma, que bajaban sobre la platea entre chistidos y risas mientras un Diabolo de music hall la acechaba confundido con los tabiques, las sombras, el piso.

El candado estaba abierto. Renato entró, avanzó por la oscuridad del lunes-descanso en el hall suspendido de afiches y fotos y el olor recalcitrante de multitudes idas. Vio una raya de luz entre dos paños de puerta, pero ya entonces había oído esa hilacha de voz tenue como un recuerdo. Empujó la puerta y miró el escenario donde una sola figura iluminada y perdida era Pola. Desgarbada en un simple vestido negro, las manos caídas y los ojos puestos en un lugar del pullman donde no había nadie como no había nadie en todo el teatro, recitaba la súplica del segundo acto frente a un demonio invisible. Renato asumió su papel, se escondió tras una columna donde ella debía descubrirlo.

La mirada de Pola giró, las manos temblaron, el cuello se movía por grados de esfuerzo hacia la izquierda, la oscuridad, la columna. De pronto lo vio, casi a sus pies, adivinó el salto que lo pondría junto a ella. Corría por un túnel anillado que se ensanchaba para dejarla pasar y se cerraba detrás en intestinales sopores. El piso afelpado le trajo sucesivos rebotes a destiempo y al volver la cabeza descubrió a Renato caminando altísimo y seguro por el firme suelo de cemento, avanzando sin esfuerzo con largas zancadas, un puñal brillando en la mano y una piedra en un turbante tan absurdo que le dio ganas de reír. Pero al frente el túnel se estrechaba hasta volverse un hilo. Se detuvo, se apoyó en la pared con consistencia de toalla mojada y viva.

► Basta -dijo, suplicó-. Vamos a casa.

Tenía los ojos cerrados, parecía muerta, descomponiéndose ya en la paz: estampa de mendiga con su bajorrelieve de arrugas en cada comisura. El sintió tironeos de piedad en cada blandura de su cuerpo y la realidad que lo asaltaba en fogonazos: eran las dos de la mañana, el sereno volvería del café de la esquina y los encontraría en ese juego absurdo. Sacó el paquete de Gloster y prendió uno. Ahora ella vendría. Cuando el fósforo le quemó los dedos se dio cuenta de que estaba sólo.

La escuchó reír en los pasillos, escalones, mingitorios. Un trozo de su vestido quedó entre sus manos en una encrucijada. Un pie desnudo y cortado por una ojiva subía una escalera. Los ojos de Pola estaban a diez centímetros de los suyos sobre un fondo de almohada. Estiró la mano y no era nadie. Avanzaba precedido por la luz de la navaja. (Nuestra vida estuvo colmada de tristeza. Ahora seremos felices un momento cuando yo te encuentre.) Entró en un camarín flanqueado de ropas colgadas, máscaras y túnicas y pieles. Al fondo de todo sin duda estaba ella que había dejado de reírse. Es preciso, murmuró. La vio a la luz de una claraboya, vestida nuevamente de Muñeca, con una blusa de mariposas pintadas y el pelo -qué notable- rubio. No volvería a engañarlo con sus pelucas, máscaras, pinceles. Ella fue a gritar, le tapó la boca con una mano. La palma de la otra ascendía debajo de su falda, sobre la piel, conocía de nuevo esa conmoción de apoyarse en su sexo. Felices un momento, repitió, clavando la navaja en el pecho, abrazándola para que no se cayera. Pasa en seguida. Apaguen la luz y no hagan tanto ruido.

- ▶ No grites, gallego -decía Tonio tratando de aplacar al sereno que no quería entender razones y optaba por llamar a la policía-. No hagas tanto lío por un maniquí de mierda. Renato también estaba mirando las serpentinatas de paja que salían del pecho de Pola.
- ▶ No es eso, señor Tonio -dijo el sereno-. Es la navaja.
- ▶ Vino a afeitarse -aseguró Tonio, sacando otro billete de quinientos plegado en ocho-. ¿Vos nunca te afeitas? Salieron a la calle. El cielo estaba limpio. Las fieras del bosque huían del psicódromo y en cada árbol dejaban una meadita de adjetivo.
- ▶ Es grande Corrientes -dijo Tonio-. Sabes que estamos pisando los huesos de los muertos.
- ▶ Los indios -dijo Renato.
- ▶ ¡Qué los indios! -lo agarró del brazo-. Los huesos de los cafishos polacos.

Lo miraba de soslayo esperando la pregunta que no vino.

- ▶ En el treinta los barrieron a todos y los enterraron aquí abajo, aprovechando la excavación del subterráneo -Renato seguía callado-. Vení, tomamos algo.

Entraron, se sentaron, les trajeron dos cafés.

- ▶ Y, ¿qué tal? -dijo Tonio, como si recién se encontraran.
- ▶ Bien. Así que me seguiste.
- ▶ No. Te esperé acá. Sos un boludo -agregó de golpe-. La dejaste a la gorda esperando.
- ▶ ¿Dónde está?
- ▶ En tu cama. Dónde querés que esté, con este frío.

Renato empezó a reírse, despacito.

- ▶ Tenías otro billete de quinientos. • La cara de Tonio era un trifásico burlándose de él mismo, de Renato, de nada.
- ▶ Tenía. Vos paga los cafés. Empezó a ponerse serio mientras fumaba. Una profunda meditación se abría paso debajo de su cara, como un cazador en la hojarasca.
- ▶ Decime - bajó la voz-. ¿Qué pescas allá?
- ▶ Bagres -dijo Renato-. Bogas.
- ▶ ¿Pejerreyes?
- ▶ Para eso hay que ir al Paraná.

- ▶ Bueno, eso es lo de menos. Lo importante es esto. ¿Cuántos pejerreyes caben en un metro cúbico de agua?
- ▶ Diez -aventuró Renato-. Cien -viendo la cara de reproche.
- ▶ Uno -demolió Tonio-. Ellos también respiran. Pero si tienes una pileta de veinte metros de largo por diez de ancho y tres de hondo, ¿cuántos pejerreyes caben?
- ▶ Menefrega.
- ▶ Seiscientos. Ahora imagínate seiscientos giles por noche a cincuenta mangos por hora por cabeza tratando de pescar seiscientos pejerreyes en una pileta subterránea en plena calle Corrientes. Vos alquilas las cañas y haces un millón por mes.
- ▶ Bajá, viejo.
- ▶ ¿Te parece que no camina?
- ▶ No -dijo Renato.

Tonio tomó de un trago el café que se le había enfriado. Miraba sin interés la calle, los diarieros, los rezagados que tomaban los últimos taxis. Pensaba.

- ▶ Qué joda, murmuró de pronto.
- ▶ Sí-dijo Renato-. Es una joda.